

## LOS VIAJES DE JRUSCHEV

### II.—A LA CHINA COMUNISTA

El viaje del Jefe del Gobierno soviético a los Estados Unidos en la segunda mitad de septiembre de 1959 produjo, como efecto internacional más notable, una clara distensión en las relaciones entre las Superpotencias, dentro de lo que fué bautizado como el «espíritu de Camp David», y el comienzo de una fuerte campaña soviética en pro de la denominada «coexistencia pacífica» a escala mundial. Todo ello como clima propicio para la reunión próxima de una conferencia al más alto nivel entre los máximos dirigentes del Este y del Oeste.

Sabemos ya a qué atenernos respecto al contenido real de este balance que tanto se ha aireado en los últimos meses de 1959 y que ahora acaba de proclamar, con las máximas resonancias propagandísticas la U. R. S. S., a través de la Declaración de la Organización del Tratado de Varsovia de 4 de febrero de 1960. Los Estados miembros de esta Conferencia (Albania, Bulgaria, Hungría, República Democrática Alemana, Polonia, Rumania, Unión Soviética y Checoslovaquia), a la que asistieron también observadores de la República popular china (asimismo de Mongolia y de la Corea del Norte), han hecho pública «con una profunda satisfacción», su creencia de que los contactos y entrevistas entre los más altos dirigentes del Este y del Oeste han tenido una «gran importancia positiva»: «La visita histórica del Presidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética, Nikita Jruschev, a los Estados Unidos y sus conversaciones con el Presidente norteamericano, Dwight Eisenhower, ha desempeñado un papel singularmente notable. A consecuencia de esta visita, el hielo de la guerra fría ha sido roto en las relaciones entre las dos más grandes potencias del mundo: la U. R. S. S. y los Estados Unidos. Esta visita ha abierto una nueva etapa en el desarrollo de las relaciones internacionales.»

Tuvimos ya ocasión de ocuparnos del que creemos verdadero significado de toda esta campaña de «coexistencia pacífica» que ha llegado a su

cenit con ocasión del viaje de Jrushev a Norteamérica. Ahora, el famoso experto estadounidense de política internacional, George F. Kennan, antiguo embajador en Moscú, acaba de publicar en el número inicial de 1960 de la Revista *Foreign Affairs*, un importante artículo en el que rebate el que publicó Jrushev en número anterior de la Revista norteamericana, y en el que desentraña certeramente el contenido real de esta «coexistencia pacífica». Habremos de volver sobre el tema, pues es de esperar que nuevamente Jrushev haga de estos términos su consigna principal durante su próximo viaje a Francia en el mes de marzo venidero. Baste, por ello, solamente, que aquí digamos que, como el mismo Jrushev ha reconocido en su discurso pronunciado en Nobosibirsk el 10 de octubre de 1959, «la coexistencia pacífica es la continuación de la lucha entre dos sistemas sociales, pero se trata de una lucha conducida por medios pacíficos, sin guerras y sin intervenciones en los asuntos internos de otros países. Es, para nosotros, una lucha económica, política e ideológica, no una prueba con armas». O sea: es la continuación de la guerra por otros métodos no militares; esto es, por medio de la Gran Guerra Psicológica, cuyo concepto hemos expuesto en otra ocasión, al tratar de *Les formes nouvelles de la guerre* (Montpellier, 1959). No es, pues, la paz, ni siquiera la convivencia. Es la fórmula actual para el desarrollo de una lucha que ya no puede ser librada a escala global mediante el empleo de armas termonucleares, porque con éstas no puede lograrse, aunque sí impedir la victoria bélica clásica.

Pero ahora nos interesa más el hacer un nuevo balance de otro viaje del Jefe del Gobierno soviético, emprendido en el mismo septiembre de 1959, inmediatamente después de su regreso de Washington: a la China comunista.

Porque este viaje de Jrushev no sólo está directamente relacionado con el que realizó a los Estados Unidos, sino que, además, en cierta manera complementa la doctrina de la «coexistencia pacífica», en cuanto que ésta quiere ser una política de alcance y de extensión mundiales, que ha de ser promovida no sólo por la Unión Soviética, sino por todos los países del Este. Y en este mundo oriental, China ha adquirido en los últimos diez años una posición de relieve sin plural, que obliga a la U. R. S. S. a no definir una línea de actuación dentro de la gran estrategia mundial del comunismo, sin antes contar con el asentimiento de los dirigentes de Pekín. Si China impide o sabotea, en la gigantesca área asiática, la «coexistencia pacífica» proclamada por la Unión Soviética, como ha venido ocurriendo en los últimos meses, en los que se ha revelado claramente el expansionis-

mo chino incluso a costa de la India neutralista, la campaña pacifista del comunismo cae completamente por tierra. De aquí que Jruschev haya tenido que buscar en Mao Tse-Tung un asentimiento doctrinal y una actitud positiva favorable a su gran campaña en pro de la «coexistencia pacífica», no sólo entre los dos mundos rivales, sino también en el área del «tercio no comprometido» del mundo.

El movimiento comunista mundial, que cada vez parece más que va a poder emblemizarse como un águila de dos cabezas, precisa buscar su unidad esencial, teórica y práctica. Para ello, es indispensable el acuerdo entre Rusia y China. Y no siempre este compromiso parece posible. Incluso, algo cándidamente, es moda hoy en ciertos medios occidentales el acentuar las contradicciones internas del comunismo mundial que pueden conducir a la separación de chinos y rusos.

Recordemos lo esencial del argumento de un film que se ha estrenado en las principales naciones del mundo a finales de 1959, y que está basado en la novela de Nevil Shute *On the beach*. La acción transcurre después de producida la III Guerra Mundial, que se desencadenó a finales de 1961 de la siguiente manera: En un período de fuerte tensión internacional, singularmente en la zona mediterránea por la guerra arábigo-israelita, una bomba atómica fué lanzada sobre Nápoles y en seguida otra sobre Tel Aviv. La primera se sabría luego que fuera lanzada por los albaneses, pero no llegaría a averiguarse quién lanzara la segunda. Mas, por lo pronto, ingleses y norteamericanos hicieron una demostración aérea sobre El Cairo. Al día siguiente, varios bombarderos lograron sobrevolar Wáshington y Londres y consiguieron arrojar una bomba termonuclear contra la capital norteamericana y otra contra la británica. La reacción anglosajona fué inmediata. Las relaciones con la Unión Soviética estaban muy tirantes después de la bomba albanesa, y los aviones que se dirigieron contra Londres y Wáshington habían sido identificados como rusos. Hubo que tomar una decisión rápida, y no por los máximos dirigentes civiles y militares de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña, que habían desaparecido víctimas del bombardeo, sino por mandos militares dispersos, cuyas decisiones tenían que llevarse a la práctica antes de que llegara otra porción de bombas. Y así aquellos mandos anglosajones decidieron la represalia termonuclear contra la Unión Soviética. Luego se sabría que los aviones que habían bombardeado Londres y Wáshington, si bien de fabricación rusa, habían sido bombarderos de gran radio de acción cedidos por la U. R. S. S. a Egipto. Mas esto se descubrió cuando ya los norteamericano habían lanzado una

buena carga de bombas de hidrógeno sobre Leningrado y Odesa y sobre todas las instalaciones nucleares soviéticas. Así fué cómo estalló la temida guerra termonuclear entre la U. R. S. S. y las Potencias de la O. T. A. N. Pero en este momento se produjo la más sorprendente intervención: la de China, que entró en seguida con sus cohetes y su guerra radiológica contra la Unión Soviética.

Hay que tener en cuenta que existía entonces una tensión muy grave, pero latente, entre China y Rusia. China se había desarrollado mucho durante los últimos años, y los rusos comenzaron a sentirse intranquilos ante la dirección de la expansión china hacia Siberia; de forma que se hubieran sentido más tranquilos si hubiese habido 200 millones menos de chinos. Incluso los rusos, que ambicionaban el puerto de Shangai, tenían preparada una acción ofensiva contra el Norte de China, para infectarla con bombas de cobalto. Mas, por su parte, los chinos tenían también planeado apoderarse de los millones de kilómetros cuadrados de la Rusia asiática para colocar en ellos su enorme excedente de población. Además, la China, altamente industrializada, quería convertir a la Unión Soviética en un pueblo agrícola. Por todo ello, China trató de eliminar las regiones industriales de la Unión Soviética, ciudad por ciudad, con una contaminación de cobalto llevada allí por sus cohetes intercontinentales, contaminación limitada de partículas pesadas, para que no se propagara muy lejos. Por eso los chinos no bombardearon las ciudades rusas, sino que hicieron estallar las bombas a diez millas de cada una de ellas, dejando al viento lo demás. La Unión Soviética reaccionó inmediatamente contra China, y entre los dos países se desarrolló una intensa guerra termonuclear que habría de durar treinta y seis días, durante los cuales se lanzaron miles de bombas atómicas y termonucleares. Y fué de esta forma cómo todo el hemisferio norte de la Tierra se vería contaminado por radiaciones que acabaron con toda vida humana en Asia, Europa, Africa del Norte, Oriente Medio y toda América del Norte.

Esta situación, en la novela (que se intitula, en su versión española, *La última hora*, Barcelona, 1959), es contada a bordo de un submarino atómico norteamericano que se había refugiado en Australia, donde sus tripulantes esperarán que la contaminación radioactiva del Hemisferio Norte vaya llegando al Hemisferio Sur, como al final habría de llegar, señalando el fin de la raza humana sobre la Tierra.

Naturalmente, hay mucho de convencional en esta ficción futurista. Pero nos interesa resaltar la contraposición fatal que en ella se hace entre

rusos y chinos, que viene a ser una de las esperanzas occidentales más intensas de hoy en día. Se espera la victoria sobre el comunismo internacional mediante la división de éste por rivalidades expansionistas y contradicciones doctrinales antagonizadas por la Unión Soviética y China. Incluso por ello no falta quienes promueven la aceptación de la «coexistencia pacífica» entre Occidente y la U. R. S. S. en espera de que se produzca la división irreconciliable del mundo comunista. Se especula así con que no sólo la Unión Soviética habrá de servir de tapón para detener el peligro chino e impedir que las temidas coletas asomen más acá de los Urales, sino incluso algunos llegan a prever la alianza de la U. R. S. S. con las Potencias de la O. T. A. N. contra las ambiciones de la China comunista.

Creemos que hay mucho de irreflexivo en esta actitud de algunos medios occidentales, que puede ser gravemente peligrosa para la causa de Occidente. Nos parece que hoy es, al menos, grandemente prematuro el dejar de considerar a la Unión Soviética como el verdadero enemigo del mundo occidental, por entender que sea la China comunista el auténtico enemigo de la raza blanca. Si ciertamente cabe dentro de las posibilidades del desarrollo de la situación mundial en las próximas décadas, una rivalidad nacionalística, de desarrollo expansionista entre China y la Unión Soviética, no parece que las diferencias ideológicas que puedan separar a chinos y rusos dentro de la interpretación del marxismo-leninismo, esto es, sobre la aceleración del paso del socialismo al comunismo, lleguen a alcanzar tal gravedad y engendrar aquéllas consecuencias de franco antagonismo, aunque tampoco deben dejar de desconocerse.

Lo que sí resulta claro de toda esta situación general es que hay elementos contrapuestos en el mundo comunista que exigen una cuidadosa coordinación entre la Unión Soviética y la China comunista. Esta es la razón primordial del viaje de Jruschev en septiembre-octubre de 1959 a Pekín, una vez de regreso de los Estados Unidos de América y aprovechando la oportunidad de conmemorar los chinos el décimo aniversario de la instauración del régimen comunista sobre todo el inmenso país asiático.

I

Hay dos versiones distintas de unas declaraciones que el Jefe del Gobierno soviético hizo en San Francisco durante su viaje por los Estados Unidos. Según la primera versión, ofrecida por un periódico californiano,

Jruschev había declarado al Alcalde de San Francisco, Christopher: «Seré franco con usted; ahora Norteamérica es el primer país, pero no tardará mucho en pasar a un segundo lugar y, con el tiempo, a un tercero.» Y al preguntar Christopher qué país sería el primero, Jruschev respondió que China. La segunda versión corresponde al mismo Alcalde, según el cual, la conversación suya con Jruschev se desarrolló así: Christopher: «Deseamos ser amistosos y prosperar, pero no puedo admitir que los métodos rusos de eficiencia sean mejores que los nuestros.» Jruschev: «Es cierto, pero le seré franco: «Ustedes son los primeros en eficiencia ahora, pero no pasará mucho tiempo antes de que se queden en segundo o tercer lugar.» Christopher: «¿Quién ocuparía el segundo?» Jruschev: «China.»

Comoquiera que haya sido lo que exactamente dijo el Jefe del Gobierno soviético al Alcalde de San Francisco, pues las dos versiones las concebimos posibles, respondiendo la primera tal vez al subconsciente de Jruschev y la segunda, a lo que quiso decir públicamente, de lo que no cabe duda es de que, cara al Océano Pacífico el Jefe del Gobierno soviético subrayó la enorme importancia que para el futuro del mundo ha de tener la China comunista, que ya va camino de convertirse en una verdadera Superpotencia.

Por ello se nos permitirá que, aunque sea muy concisamente, exponamos ahora algunas características de la política general, exterior e interior, de la China comunista, tal como pudo verlas Jruschev al llegar el 30 de septiembre de 1959 al aeródromo de Pekín, a bordo del mismo avión «Tu-114» que le había conducido a Washington, antes de que nos ocupemos de los objetivos de este viaje y sus posibles consecuencias para la política soviética de «coexistencia pacífica».

#### LA UNIÓN SOVIÉTICA Y EL EXPANSIONISMO DE LA CHINA COMUNISTA.

China se encuentra hoy en pleno expansionismo no sólo hacia fuera, sino también hacia dentro. Y ambos pueden representar un peligro para la Unión Soviética.

En 1872 se calculó que China tendría unos 300 millones de habitantes, que pasaron a ser en el censo realizado a finales de 1957, unos 600 millones. Mas el 4 de febrero de 1959, el Ministro chino de Asuntos Exteriores, Mariscal Chen Yi, dijo en un discurso: «El Gobierno y el Partido comunista chinos han de tener en cuenta las necesidades de un pueblo de casi 700 millones de habitantes». Es decir, que los dirigentes comunistas chinos no

sólo aceptan la superpoblación, sino que la estimulan. En efecto, hasta 1957 el Gobierno de Pekín combatió la superpoblación adoptando francamente la política del *birth control*. Pero fué entonces cuando Mao-Tse-Tung decidió cambiar esta política, dándose cuenta de que la principal arma china es precisamente el número: la plétora de población sería la gran fuerza del país. Y su consigna fué: «Una boca más que alimentar no es un problema; porque a una boca corresponden dos brazos, y dos brazos bien empleados pueden alimentar a cinco bocas». La superpoblación es necesaria para colonizar inmensos territorios chinos todavía despoblados y para gravitar sobre el mundo; para realizar grandes obras públicas sustituyendo la carencia de máquinas modernas por brazos que empuñen pico y pala, y para hacer una presión demográfica sobre los países vecinos. El Gobierno de Pekín acepta por eso el actual aumento anual de 14 millones de habitantes, que en el curso de un decenio alcanzará inevitablemente los 20 millones por año. Y así, en 1980, China tendrá 1.000 millones de hombres y mujeres, esto es, al comenzar el siglo XXI, de trabajadores. Pues para la actual política china—según nos relata Jacquet-Francillon (en su gran reportaje *China a puertas cerradas*, «Heraldo de Aragón», septiembre, 1959)—se ha «liberado» a la mujer de todas las «servidumbres del hogar», para entrar en la «alta dignidad del trabajador». Los 250 millones de mujeres chinas en edad de trabajar se han incorporado así a los inmensos ejércitos del trabajo.

Con esta ingente masa humana, China ha comenzado a colonizar su propio espacio interior, sus regiones vacías del Norte y del Noroeste, del Asia Central. Así, el Sinkiang, antes más conocido sobre los mapas como el Turquestán chino, que desde 1955 se ha convertido en la región autónoma del Sinkiang-Uighur, que tiene una extensión de una sexta parte de la superficie total de China, cuyo suelo contiene las principales materias primas, y cuya tierra árida puede llegar a ser transformada, con los métodos modernos, en excelentes praderas productivas. La región del Sinkiang era de las más atrasadas de China y de las menos pobladas. Desde la revolución china de 1911, el Sinkiang fué prácticamente independiente de Pekín, y a partir de 1928 pasó poco a poco bajo la influencia soviética, que alcanzó su cenit al firmarse en enero de 1936 una Convención que incluso preveía la asistencia rusa en el caso de que el Sinkiang deseara proclamar su independencia de China. Durante la II Guerra Mundial, Chiang Kai-Chek ocupó el país, pero en 1945 ofreció al Gobierno soviético la conclusión de un Acuerdo comercial ventajoso para las actividades económicas e in-

dustriales rusas en el Sinkiang. Pero este proceso de la influencia rusa —que es ampliamente expuesto por Yu Tang Son en su *Historia de las relaciones entre China y Rusia soviética*, Madrid, 1951—fué interrumpido por Mao Tse-Tung, cuyas fuerzas entraron en Urumchi en octubre de 1949, y que si bien en un comienzo aceptó la constitución en el Sinkiang de sociedades mixtas chino-rusas para la explotación petrolífera y minera, en los últimos años ha logrado alejar a los rusos, explotando solos los chinos las riquezas de esta región, y promoviendo grandemente su desarrollo: las carreteras y las vías férreas comenzaron a reemplazar a las pistas de las caravanas; se construyeron fábricas, se explotaron minas (de oro y uranio), se montaron refinerías para el petróleo y surgieron grandes ciudades, pasando la capital de la región, Urumchi, de 30.000 habitantes, a 300.000. Y esto se hizo por una gran leva para la colonización de soldados que fueron desmovilizados a cambio de que se trasladaran a trabajar allí, y de jóvenes de provincias vecinas, a los que se les enroló con la habitual mezcla de entusiasmo, persuasión y fuerza. Así, la población del Sinkiang ha aumentado desde 1949 de 4 a 6 millones de seres, al propio tiempo que se sinificaba esta región autónoma, en la cual los uighurs y kirguises eran las razas predominantes, y el mahometanismo, la religión principal. Hoy los de raza china son ya una quinta parte de la población total del Sinkiang. Mas—como hace notar Tibor Mende (en su serie de artículos sobre *Dix ans de communisme en Chine*, publicados en *Le Monde* en octubre de 1959)—en ninguna parte los planes de los comunistas chinos están más llenos de consecuencias que en el Sinkiang, porque esta región es el centro de gravedad de la masa euroasiática y, con medios modernos de comunicación, puede ser en el futuro su *plaque tournante*. A los dos lados de la frontera del Sinkiang viven pueblos pertenecientes a las mismas razas, y cuando sus condiciones materiales estén niveladas, podrán comenzar a preguntarse por qué una frontera les separa. Y cuando este problema se plantee, habrá de ser resuelto entre los dos más poderosos Estados comunistas del mundo.

Bien entendido que esta presión se producirá similarmente en casi todas las zonas de una frontera de más de 9.000 kilómetros entre China y Rusia, cuyas regiones están siendo igualmente sinificadas por el Gobierno de Pekín, y así, en la Mongolia interior, hoy los chinos son siete veces más numerosos que los mogoles. Tarde o temprano, la presión demográfica china se hará sentir incluso más allá del Amur, en las zonas subdesarrolladas de la Siberia oriental. Desde hace diez años, ha calculado el profesor Fitz-

gerald (en *Far Eastern Economic Review* de enero de 1959), que unos 50 millones de chinos han emigrado hacia las regiones del nordeste y noroeste de la China. Y la misma Mongolia exterior, República ultrasatélite de la U. R. S. S., con una superficie de un millón y medio de kilómetros cuadrados y una población de sólo un millón de habitantes, puede ser un objetivo tentador para la expansión china, que ya envía técnicos y ofrece préstamos al Gobierno mogol. Es por todo este peligro expansionista, por lo que el Canciller Adenauer ha dicho que «el talón de Aquiles de la U. R. S. S. es la China popular. La presión demográfica china conducirá indiscutiblemente a este hormiguero humano a descargar su superávit humano en dirección a la Unión Soviética».

Ha de tenerse en cuenta que también la Unión Soviética en los últimos quince años empuja demográficamente en las regiones del otro lado de su frontera con China, desplazando su población hacia el Este. Según Jürgen Eitner (en la Revista *Aussenpolitik*, de Stuttgart, diciembre de 1959), mientras que la población total de la U. R. S. S., en el conjunto de su territorio, ha aumentado el 8 por 100 entre 1939 y 1959, acreció muchísimo más en ciertos territorios: 24 por 100 en la Siberia occidental, 32 por 100 en el Ural, 34 por 100 en la Siberia oriental, 38 por 100 en el Asia Central y hasta el 70 por 100 en Extremo-Oriente. En cifras globales, en tanto la parte europea de la Unión Soviética ha disminuído: 145 millones de habitantes en 1959 por 146 millones en 1936 (por las consecuencias demográficas de la II Guerra Mundial, calculando el mismo Jürgen Eitner que las pérdidas soviéticas en vidas humanas alcanzaron los 45 millones, de ellos unos 20 millones como pérdidas indirectas, esto es, rarificación de nacimientos y mortalidad infantil); en cambio, la parte asiática de la U. R. S. S., que en 1939 contaba con 46 millones de habitantes, ha aumentado en 1959 a 63 millones, es decir, el 35 por 100 en veinte años. Hoy, el 40 por 100 de la población soviética vive en las regiones árticas y asiáticas. A ello ha contribuído especialmente el desplazamiento de rusos dirigido hacia el Este por el Gobierno de Moscú. Esta corriente emigratoria de los eslavos no sólo se ha canalizado hacia la Siberia, que administrativamente forma parte de la República rusa, sino también hacia las Repúblicas musulmanas de la U. R. S. S., en las cuales la proporción de eslavos ha aumentado constantemente a consecuencia de la industrialización y de la roturación de las tierras vírgenes, según señala Bernard Feron (*Le Monde*, 28 de febrero de 1960). El movimiento de rusificación es neto en Kirguisia, en donde los rusos constituyen ya el 30 por 100 de la población, y

mucho más en Kazahstan, República en la cual hoy los eslavos son mayoritarios (rusos, 43 por 100; ucranianos, 8 por 100, y bielorrusos, 1,2 por 100). De este modo, el centro de gravedad de la U. R. S. S. se aleja cada vez más de Europa y se establece hacia el Asia.

Pero no es sólo el expansionismo interno chino sobre sus tres zonas periféricas—Sinkiang, Mongolia y Tibet—el que se logra mediante la marea demográfica, sino que ésta repercute asimismo y puede llegar a tener una gravedad considerable sobre el Sudeste asiático y aun sobre la Australasia. Y así es capaz de poner en peligro la estabilidad de las naciones asiáticas que hoy integran el denominado «tercio no comprometido del mundo», de posición neutralista en la lucha entre los mundos occidental y comunista, y, por tanto, las posibilidades mismas de la «coexistencia pacífica», propugnada, con carácter mundial, por la Unión Soviética.

Cierto que la China comunista ha cambiado en los últimos años su actitud respecto a los países neutralistas de Asia, según acaba de exponer A. Dock Barnett, en su importante libro *Communist China and Asia: Challenge to American Policy* (Nueva York, Council on Foreign Relations, 1960). En 1949 los jefes comunistas chinos, en plena borrachera de la victoria, proclamaron objetivos revolucionarios grandiosos: su triunfo daría el vigor definitivo a las revoluciones comunistas en todo Asia. Liu Shao-Chi proclamó entonces que era «el deber de todos los pueblos coloniales el adoptar la vía seguida por el pueblo chino en su lucha por la independencia nacional y la democracia popular». Pero un lustro después, abandonando su anterior llamamiento a la lucha armada sistemática, emprendieron una gran campaña para seducir a los Gobiernos no comunistas de Asia, singularmente a los neutralistas. Y así, el 29 de abril de 1954, China firmó con la India un acuerdo por el que se proclamaron los denominados «cinco principios de coexistencia pacífica», comprometiéndose el Gobierno de Pekín con la otra parte contratante a: 1.º Respetar la integridad territorial; 2.º No agresión; 3.º No inmiscuirse en los asuntos internos; 4.º Igualdad de derechos y amistad recíproca; y 5.º Coexistencia pacífica.

Al año siguiente, en la Conferencia de Bandung, Chu En-Lai se mostró plenamente conciliador. Pero en los dos últimos años la China comunista ha vuelto a mostrar su faz amenazadora, al propio tiempo que cultiva también los ademanes de seducción.

Por un lado, China comunista ha logrado establecer relaciones diplomáticas con Birmania, India, Indonesia, Pakistán, Afganistán, Nepal, Cam-

boya y Ceilán (además de con la República Árabe Unida—actualmente en crisis—, Yemen, Iraq, Maruecos, Sudán y el Gobierno rebelde argelino), y concluido varios acuerdos con los países neutralistas de Asia, singularmente Tratados comerciales. Los intercambios comerciales entre China y los países afro-asiáticos representan hoy más de los dos tercios de su actividad comercial, y para los países asiáticos el comercio con la China comunista representa los dos tercios de su comercio con la totalidad del bloque comunista. Además, el Gobierno de Pekín ha ofrecido ayuda económica importante a estos países, con el doble designio de reforzar el neutralismo de los Estados afroasiáticos y de afirmar su propio prestigio político. Y ha de tenerse en cuenta que esta ayuda económica china no es hecha sólo en forma de préstamos, sino también de donaciones, que se calcula se elevan a unos 600 millones de dólares, en su mayor parte bajo la forma de equipo industrial. Así, la China comunista ha regalado más de 60 millones de dólares a Camboya, Nepal y Ceilán, y ha prestado más de 40 millones de dólares a Indonesia, Birmania y Ceilán. En cambio, la ayuda soviética a los mismos países asiáticos se hace únicamente bajo la forma de préstamos a largo plazo y con bajísimo interés, reembolsables en productos del país beneficiario.

Para la financiación de este plan de seducción económica, el Gobierno de Pekín ha utilizado también la ayuda de las importantes minorías chinas, muy poderosas financieramente, en buena parte de los países del Sudeste asiático. Se calcula que aproximadamente 13 millones de chinos viven en el Sudeste de Asia, de los cuales más de 3 millones en Malasia, 1,5 millones en Singapur, 3,5 millones en Thailandia, 3 millones en Indonesia, 1 millón en Vietnam del Sur, Camboya y Laos; 400.000 en Birmania, 250.000 en el norte de Borneo y 150.000 en las Filipinas. Casi todas estas minorías chinas están instaladas desde hace varias generaciones en tales países, pero han resultado inasimilables. China comunista, en competencia con la China de Formosa, ha logrado en los últimos años ligar a su causa tal vez a la mayor parte de estos chinos residentes en el exterior, y los ha organizado por medio de una oficina especializada establecida en Pekín, que no sólo tiene como finalidad el atraer los capitales de los chinos del extranjero, sino de coordinar sus actividades en los países en que viven.

Aunque la China de Formosa no deja de hacer una intensa propaganda sobre estas colonias de chinos, poniendo de relieve los millares de procesos, los millones de ejecuciones sumarias, las persecuciones de todo tipo

que sufren los habitantes de la China continental, entre las cuales ha de destacarse la diabólica persecución religiosa llevada a cabo por Mao Tse-Tung, que ha llegado hasta a crear una Iglesia Católica nacional china plenamente cismática. El 13 de abril de 1958 se hizo en Hankeu la primera consagración de un obispo católico separado de la Iglesia Católica romana, y luego seguirían otras, calculándose hoy que unos treinta sacerdotes han sido nombrados obispos o han recibido una consagración episcopal ilegítima, contra los cuales, por la Encíclica *Ad Apostolorum Principis*, de 29 de junio de 1958, Pío XII profirió sentencia de excomunión. Mas la mayor parte de los chinos que constituyen la Jerarquía católica de China no se han doblegado, manteniéndose con plena obediencia a Roma, a costa de ser arrojados a cárceles y campos de concentración. Al arzobispo de Nanchang los comunistas le propusieron convertirlo en «Papa de China» y monseñor Chow-schik les contestó que, permaneciendo fiel a la Iglesia Católica, Apostólica y Romana podía esperar ser papa del Mundo entero. Pero los comunistas chinos son maestros en el diabólico «lavado de cerebros» y por medio de «pruebas de adoctrinamiento» siguen propagando el cisma. Aunque, en definitiva, como se escribió en el *People's Daily* chino, «los comunistas reconocen que la religión es un fenómeno necesario en la evolución de la historia; la religión nace, se desarrolla y muere. Cuando haya sido abolido el dominio de la clase explotadora sobre los planos político y económico, los hombres se desembarazarán de esta esclavitud espiritual; cuando el hombre esté en condiciones de dirigir su propio destino, no tendrá necesidad de fuerzas sobrenaturales, de Dios, de Buda, de Alá».

Frente a estas minorías chinas, singularmente los Gobiernos malayo, vietnamita, thailandés e indonésico, han adoptado medidas para contener el peligro, según especifica Christian Roll—en un artículo publicado en la Revista *Aussenpolitik* (Stuttgart, octubre 1959)—. El problema ha adquirido gran actualidad en Indonesia al producirse un fuerte movimiento anti-chino que ha promovido primero la protesta del Gobierno de Pekín cerca del de Djakarta y, finalmente, la conclusión de un Acuerdo, en octubre de 1959, para hacer desaparecer la doble nacionalidad de esta minoría, en conformidad con un Tratado chino-indonesio de 1955, que todavía no había sido puesto en vigor. Y la cuestión tiene una especial gravedad en Malaya, en la cual los chinos constituyen casi la mitad de la población y, sobre todo, en el nuevo Estado constituido por la ciudad de Singapur, que otrora fué llamada el muelle real del Imperio Británico, cuya población es china en más de un 90 por 100, y donde en el verano último se ha re-

gistrado la victoria electoral del *People's Action Party*, orientado hacia Pekín.

Estas minorías chinas en los países del Sudeste asiático no sólo las utiliza el Gobierno de Pekín para financiar su propio desarrollo económico interno y los regalos exteriores con la aportación de cantidades apreciables, aunque no decisivas, sino, sobre todo, para servirse de ellas como fuentes de información y de intermediarios para la ayuda prestada a los grupos comunistas o procomunistas de cada país, o sea, en definitiva, para montar los planes subversivos, a los cuales no ha renunciado la China comunista. Téngase en cuenta que en las últimas elecciones celebradas en Indonesia el partido comunista obtuvo 8 millones de votos, siendo el partido más importante de Java, centro del poder político de Indonesia. En Laos, el partido procomunista Neo Lao Haksat ganó la mayor parte de los puestos a los que presentó candidatos en las elecciones de 1959. Y en la misma India los comunistas se afirmaron como el segundo partido del país en las elecciones de 1957, e incluso lograron el gobierno de Kerala, si bien lo han perdido por la intervención conocida del Gobierno central hindú. Estos éxitos explican la reacción que se ha producido en buena parte de los países asiáticos, como Pakistán, Birmania, Indonesia, Tailandia y Laos, en los cuales el Ejército se ha apoderado del Poder, con ayuda de grupos políticos anticomunistas.

Por otra parte, la China comunista, además de su invasión del Tibet —que ha constituido «un ejemplo de imperialismo y de colonialismo de la peor especie» (según escribe J.-L. Lalive en su introducción al Informe de la Comisión Internacional de Juristas: *La Question du Tibet et la Primauté du Droit*. Ginebra, 1959, siendo claro, para tal Comisión, que el Tibet no ha perdido su soberanía, no obstante el Acuerdo de 1951 con China, viciado de nulidad por falta de libre consentimiento, y violado por el Gobierno de Pekín)—, en los últimos meses ha emprendido acciones hostiles de claro carácter expansionista desde sus fronteras, reclamando a la India las regiones de Sikkim, Assam y Bhutam, y provocando en octubre de 1959 un incidente fronterizo en las montañas de Ladakh, ocupando 30.000 kilómetros cuadrados que los hindúes consideran como propios en virtud de hallarse al Sur de la línea Mc-Mahon, aunque los chinos argumenten que la línea Mc-Mahon «es una invención del imperialismo británico para invadir el Tibet, y no ha sido nunca reconocida por ningún Gobierno central chino». Añádase a estos dos graves incidentes (que han provocado gran reacción en la India y debilitado enormemente el neutra-

lismo de Nehru, y han obligado a la misma Unión Soviética a no comprometerse con las posiciones chinas), la presión que están ejerciendo los chinos sobre la frontera birmana, y siquiera a grandes rasgos se tendrá un cuadro general de esta otra cara activa del expansionismo de la China comunista.

No es por todo ello extraño que Jrushev se haya alarmado y que en su reciente viaje a Pekín haya tratado de contener este expansionismo chino que, si por una parte, incluso amenaza a los mismos territorios de la Unión Soviética, por otra parte, alarma a los países asiáticos neutralistas y, en general, puede impedir la instauración universal de la «coexistencia pacífica». Y si parece haber logrado en buena parte la contención de este expansionismo chino, podríamos preguntarnos a qué precio el Jefe del Gobierno soviético ha tenido que pagar lo conseguido. Porque el 28 de enero de 1960, la China comunista ha concluido un Acuerdo fronterizo y un Pacto de no agresión con Birmania, y va a iniciar negociaciones con los Gobiernos del Nepal y de la India para arreglar las cuestiones fronterizas con ambos países.

A este respecto, es necesario que aludamos a uno de los aspectos más interesantes de las relaciones chino-soviéticas: el económico, esto es, a la ayuda de la U. R. S. S. a la China comunista, que puede servirnos para contestar a la pregunta que acabamos de formularnos.

#### LA AYUDA SOVIÉTICA A LA CHINA COMUNISTA.

Hay que tener siempre presente que la instauración del régimen comunista en China fué debida a una doble acción revolucionaria y subversiva, que culminó con la victoria obtenida por las fuerzas de Mao Tse-Tung contra las de Chiang Kai-Chek. En esta gran guerra civil, el movimiento subversivo hasta cierto punto estuvo controlado por la Unión Soviética, pero la acción revolucionaria fué eminentemente china. Por tanto, no puede decirse que el comunismo chino llegó al Poder merced a la Unión Soviética exclusivamente, como ha sido el caso de los Gobiernos comunistas en el Este europeo, entronizados por el Ejército rojo; sino, en primer lugar, por el propio esfuerzo de los comunistas chinos, si bien no dejaron éstos de contar, singularmente en la fase final de la guerra civil, con la ayuda soviética.

El 9 de agosto de 1945 las tropas soviéticas habían ocupado Manchuria, y cinco días después, Chiang Kai-Chek hubo de firmar un Tratado de

amistad y de alianza con la U. R. S. S. para «conducir la guerra contra el Japón hasta la victoria final». Mas si el Gobierno soviético reconoció a las tres provincias orientales como parte de China y prometió no inmiscuirse en el Sinkiang, el Gobierno chino tuvo que reconocer la independencia de la Mongolia exterior, la cual el 27 de febrero de 1946 firmaría un Tratado de ayuda mutua con la U. R. S. S. Y, sobre todo, China tuvo que pasar por las concesiones hechas a la Unión Soviética por Roosevelt en la Conferencia de Yalta: «internacionalización» del puerto de Dairén y la cesión de Port Arthur. Como señala Julio Cola (*El pleito del Estrecho de Formosa y la actualidad china*, «Revista de Política Internacional», número 39, Madrid, 1958), esta cesión de Port Arthur habría de acarrear, en gran parte, a Chiang la pérdida de la China continental. Mas también habría de ser la equivocada política conciliadora de los Estados Unidos la que facilitará el triunfo de Mao, pues mientras primero el Vicepresidente norteamericano Wallace y después el General Marshall trataron de mediar entre nacionalistas y comunistas, la U. R. S. S. permitió que el Ejército de Mao ocupara posiciones en las bases manchúes y le proveyó de abundante armamento. Con tal armamento, y desde tales bases, la ofensiva emprendida por el Ejército comunista chino a partir del 15 de abril de 1946 no habría de detenerse sustancialmente hasta que arrojara al mar al Ejército nacionalista. Mientras el 1 de octubre de 1949, Mao Tse-Tung proclamaba el nuevo régimen comunista chino, reconocido al día siguiente por el Gobierno de la Unión Soviética, que rompió sus relaciones con el Gobierno nacionalista, éste y los últimos restos de sus tropas tuvieron que refugiarse en la isla de Formosa. Los Estados Unidos habrían de cambiar entonces su política y sostener a Chiang Kai-Chek, reducido a las islas del Sur chino. Pero, en el Continente, el comunismo habría de establecerse firmemente y crear la nueva China: la República Popular china, que acaba de cumplir sus primeros diez años.

Desde 1949 la China comunista habría de comenzar a actuar en estrecha asociación con la Unión Soviética, ligada a ella por el Tratado de amistad, alianza y asistencia mutua concertado el 14 de febrero de 1950, por el cual se obligaron a adoptar las medidas necesarias con el fin de evitar una repetición de la agresión o violación de la paz por parte del Japón o de cualquier otro Estado que se una, directa o indirectamente, con el Japón para cometer actos de agresión; al propio tiempo que también se obligaron «con espíritu de amistad y cooperación, y en conformidad con los principios de igualdad, intereses mutuos y respeto recíproco para la so-

beranía estatal y la integridad territorial y no intervención en los asuntos internos de la otra alta Parte contratante, a desarrollar y consolidar los vínculos culturales y económicos entre la Unión Soviética y China, a darse recíprocamente toda la ayuda económica posible y poner en acción la necesaria cooperación económica» (art. V). Conforme con el espíritu proclamado, inmediatamente la U. R. S. S. comenzaría a devolver a China las concesiones que le habían hecho en Yalta los anglosajones, concluyéndose varios Acuerdos, desde el de retrocesión de los ferrocarriles de Changchun en 1950 hasta el Acuerdo de 12 de octubre de 1954 por el cual la Unión Soviética devolvió Port-Arthur a los chinos. Y aunque entonces la U. R. S. S. era y aun se mantendrá como la Potencia principal en este super-eje Moscú-Pekín, hay que tener muy presente que, como ya advertimos, y tal como indican Padelford y Lincoln (*International Politics*, Nueva York, 1954), «la China comunista no es justamente otro Estado satélite de la U. R. S. S. en el sentido de los países de la Europa oriental. Los lazos incluyen mutuos intereses, así como ideología. La relación es la propia entre dos miembros de una asociación... La China comunista está en la posición de un Estado soberano negociando con el Kremlin». En cierta manera, la situación de la China comunista es similar a la de Yugoslavia, en cuanto que ambos países han logrado instaurar su régimen político por sus propias fuerzas, a diferencia de los Estados satélites.

Esta realidad no impide que deba reconocerse lo importante del apoyo soviético a la China comunista, no sólo en cuanto ayuda financiera, sino también como asistencia técnica, según se expone en el completo estudio sobre *Le commerce extérieur de la Chine Populaire et les relations économiques sino-soviétiques*, publicado por «La Documentation française» (número 2.542. Paris, 26 mayo 1959).

La ayuda financiera soviética a la China comunista se calcula en unos 3.500 millones de dólares. De esta cantidad, unos 929 millones fueron concedidos antes de 1953; entre 1953 y 1957 (primer plan económico chino) tal ayuda alcanzó 1.333 millones; desde entonces, la U. R. S. S. ha concedido al Gobierno chino nuevos créditos, que alcanzarán en 1967 (fin del tercer plan chino) otros 1.250 millones de dólares. Mas hay que tener presente que una buena parte de esta fuerte cantidad (aunque también ha de advertirse que los Estados Unidos en la última década han concedido a la China de Formosa más de 2.000 millones de dólares en concepto de ayuda militar), ha sido pagada con exportaciones chinas, ya que no se trata de donativos, sino de préstamos reembolsables en un plazo de 10 a 15

años, si bien con una bajísima tasa de interés (1 por 100 a 1,5 por 100). Además, gran parte de aquella cantidad le ha sido entregada en material militar.

En cuanto a la asistencia técnica, ésta ha sido también importantísima. El número de técnicos soviéticos que han trabajado en China en la pasada década alcanza los 10.000. Y si este número en los últimos años ha disminuído extraordinariamente, ha sido porque China ha enviado a especializarse a la Unión Soviética a unos 7.000 estudiantes, aparte de otros 7.000 aprendices que han efectuado estudios técnicos en la U. R. S. S., y 40.000 trabajadores que se especializan en las fábricas soviéticas.

De toda esta ayuda y asistencia soviética a la China comunista, no es la ayuda propiamente financiera la más importante (pues, desde 1953, la China comunista ha ayudado, a su vez, a otros países afroasiáticos con unos 600 millones de dólares, y no bajo la forma de préstamos, sino de donativos), sino las entregas de equipo industrial que ha hecho la U. R. S. S. al Gobierno de Pekín. Por el último acuerdo de asistencia técnica concluído entre los dos países el 7 de febrero de 1959, la Unión Soviética se ha comprometido a contribuir, entre 1959 y 1967 a la instalación en China de 78 grandes complejos industriales en los siguientes sectores: metalurgia, industrias químicas, producción hullera, construcción mecánica y eléctrica; producción de materiales de construcción y producción de energía eléctrica; a poner a disposición de China organismos de investigación y estudio y a enviar los técnicos necesarios para asegurar la construcción, instalación y puesta en marcha de estos complejos industriales, así como cederle toda clase de patentes y documentación técnica. El importe de esta asistencia concertada en Moscú por Chu En-Lai con ocasión de celebrarse el XXI Congreso del Partido Comunista, se calcula alcanza los indicados 1.250 millones de dólares, en contrapartida de los cuales China entregará mercancías en las condiciones previstas en el acuerdo comercial chino-soviético de 1950, renovado en abril de 1958.

Ahora bien, es posible que en los próximos años la mayor parte de las nuevas empresas industriales que se instalen en la China comunista sean equipadas por la propia industria china, según hace prever un desarrollo económico extraordinariamente importante: el denominado *grand bond en avant*.

Este «gran salto adelante» comenzó en 1958, primer año del segundo plan quinquenal chino, y tenía como objetivo fundamental el doblar la producción de acero, que a su vez habría de estimular el aumento de otras

producciones. Así lo proclamaría Chu En-Lai el 18 de abril de 1959: «El acero es el material más importante en la actual fase de nuestra producción industrial y construcción económica. Si nos falta, toda nuestra economía estará afectada. En 1958 hemos movilizad~~o~~ a toda la nación para aumentar la producción de hierro y acero, y hemos elevado la producción de acero de 5.350.000 a 11.080.000 de toneladas. Este salto adelante de la producción de acero ha estimulado directamente un salto adelante de la industria hullera y de las construcciones mecánicas; ha creado las condiciones necesarias para un simultáneo salto adelante de las construcciones mecánicas y otras industrias».

Cierto que pronto el Partido comunista chino tendría que frenar, en su decisiva reunión de Wuhan de noviembre-diciembre de 1958, este desenfrenado «gran salto adelante» que llegaba a poner en peligro todo el orden económico y social del país, ya que para lograr dar el gran salto adelante había sido preciso acudir al sistema de las comunidades rurales, cuyos resultados podían conducir a una gran catástrofe humana recaída sobre el pueblo chino, sacrificado ante el altar de la producción. Y, además, utilizado el trabajo en gran parte a efectos de la propaganda en una gran campaña de masas, ni toda la producción era aprovechable por las condiciones en que había sido lograda, ni las cifras que oficialmente se dieron como alcanzadas eran exactas, sino aumentadas. Así, el Comité Central del Partido comunista chino tuvo que reconocer que las estadísticas dadas de las cosechas logradas en 1958 no habían sido exactas, ya que la de cereales no había alcanzado los 375 millones de toneladas que se había anunciado, sino sólo 250 millones; y la de algodón no había sido de 3,3 millones de toneladas, sino de 2,1 millones, si bien, con todo, las nuevas cifras representaban un aumento del 35 por 100 y del 28 por 100, respectivamente, en relación con el año 1957. De aquí que, aun continuando con el sistema de las comunidades rurales y reafirmada la continuación de la política económica, se decidiera revisar los objetivos a alcanzar durante 1959. A este respecto, el comunicado del Comité central decía: «Sobre la base de las estadísticas verificadas de la economía nacional, establecidas por la oficina de estadística del Estado para el año último, a la luz del desarrollo real de la producción industrial y agrícola de los seis primeros meses, y teniendo en cuenta las inundaciones y las graves sequías que han afectado recientemente a grandes zonas del país, la octava sesión plenaria del Comité Central ha reexaminado el plan de desarrollo de la economía nacional para este año (1959) y ha juzgado que sus objetivos primitivos eran un poco de-

masiado elevados y debían sufrir los ajustes apropiados». En concreto: en vez de los 18 millones de toneladas de acero y los 380 millones de toneladas de carbón que se habían calculado primeramente, el nuevo objetivo sería de 12 millones de toneladas de acero y de 335 millones de toneladas de carbón. Bien entendido, precisa la resolución, que el «plan económico reajustado continúa siendo un plan de «salto adelante continuo». Porque, a pesar de todo, el aumento de la producción en relación al año 1958, ha sido realmente notable. (Vide el circunstanciado estudio sobre *L'industrie sidérurgique chinoise* (1890-1959), publicado por «La documentation française», número 2.591, París, 12 noviembre 1959.)

Y hay que admitir que en su primera década, la China comunista ha logrado un desarrollo formidable, aunque el precio haya sido la pérdida de la dignidad de la persona humana de los chinos. Hoy las fábricas chinas producen productos químicos, locomotoras, motores, automóviles, aviones, barcos, instalaciones siderúrgicas, equipos electrónicos. Y sostienen que por el puerto de Shangai exportan más textiles que la Gran Bretaña por los suyos. Han triplicado el número de kilómetros de carreteras y vías férreas (señalemos especialmente que en 1959 se terminó de construir el ferrocarril que une el Sinkiang a la Unión Soviética en dirección Oeste, y a la China costera en dirección Este). Las líneas aéreas cubren hoy la casi totalidad del territorio chino, así como las redes telefónicas. La población urbana se ha duplicado (Pekín cuenta con seis millones de habitantes y Shangai con diez millones), y han surgido nuevos grandes centros de población, singularmente en torno a complejos siderúrgicos (como Paotow, en Mongolia), petrolíferos (Karanai, en el Sinkiang) e incluso grandes puertos (Chankiang, en el Kuantung). Se han realizado grandes trabajos hidrográficos, con enormes pantanos (como el de la Sanmen), se ha canalizado el río Amarillo, etc., etc.

En definitiva, en cuanto aún hoy y seguramente en la próxima década al menos, la ayuda económica de la Unión Soviética para el desarrollo económico y singularmente industrial de la China comunista seguirá siendo necesaria para ésta, cabe prever que en el último cuarto del siglo XX China podrá prescindir de la ayuda financiera y de la asistencia técnica que le brinda la U. R. S. S. Más, mientras tanto, le interesa al Gobierno de Pekín continuar obteniendo de su gran aliada la Unión Soviética tales ayuda y asistencia. Y es en virtud de esta necesidad presente cómo la U. R. S. S. puede, como contrapartida, hacer presión sobre la China comunista para moderar su presión expansionista. Y ello, además, en una circunstancia de singular interés producida por el montaje de este «gran salto adelante» a

base de las comunidades rurales que ha producido unas diferencias político-doctrinales entre China y la U. R. S. S. de especial importancia, en cuanto que tales diferencias pueden proyectarse sobre la forma misma de construir el comunismo e influir sobre la expansión comunista en los pueblos sub-desarrollados de Asia y Africa.

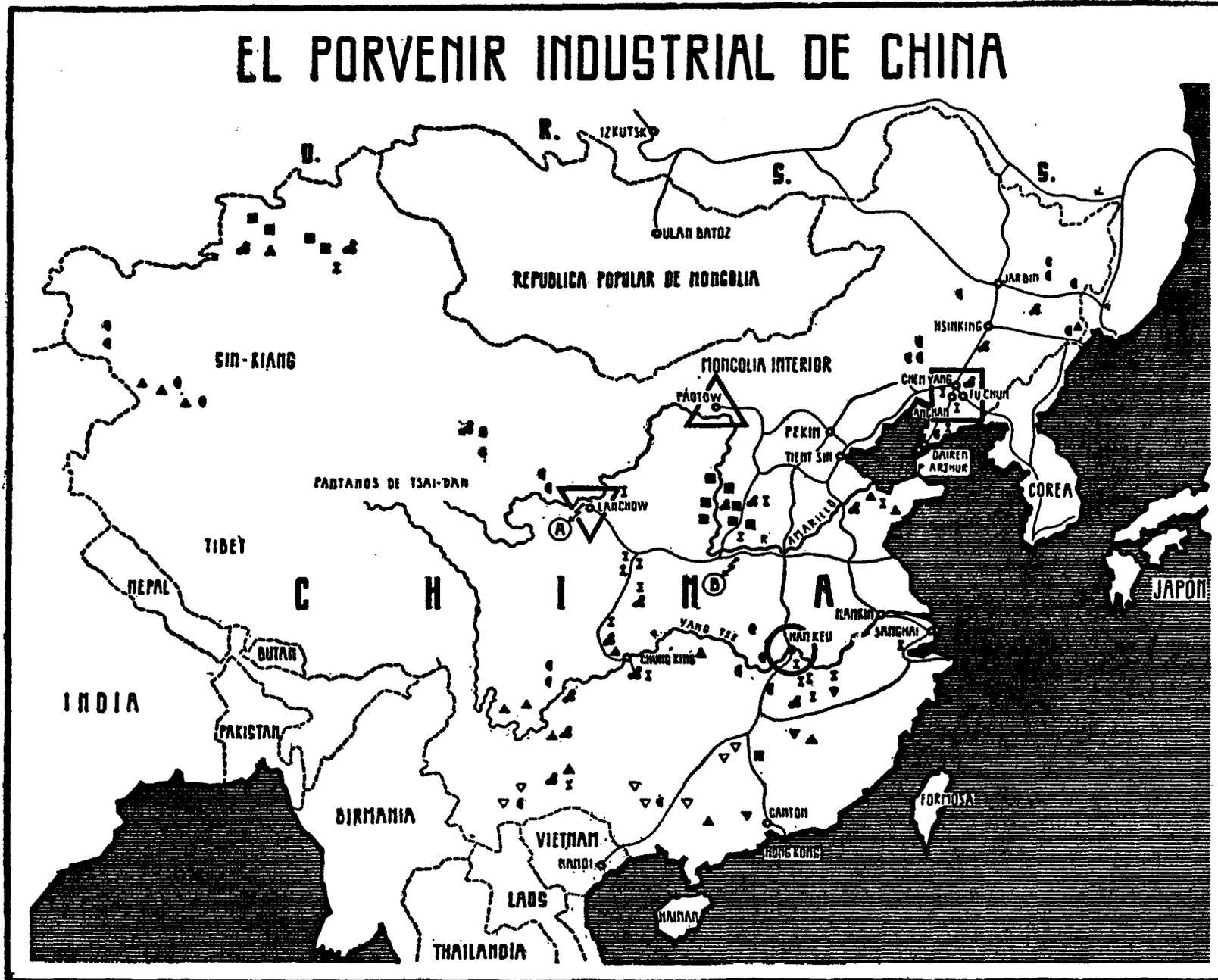
Por tal extraordinaria consecuencia interesa asimismo aludir a esta experiencia de las comunidades populares que está realizando la China comunista para lograr un gran desarrollo económico y construir una vía directa hacia el comunismo que pueda ser seguida por los países afro-asiáticos, imitando el ejemplo chino y no el ruso.

#### LA UNIÓN SOVIÉTICA Y LA LÍNEA POLÍTICA DE LA CHINA COMUNISTA.

La revolución comunista china encontró su mejor apoyo en el inmenso campesinado del país, atraído por la reforma agraria que se realizó con todo rigor, constituyéndose cooperativas de producción agrícola, en las cuales, en 1956, se hizo la primera experiencia importante de trabajo socializado para la irrigación de sus tierras. En sólo cinco provincias de la China central, 17 millones de campesinos se dedicaron a mejorar el sistema de irrigación, con una forma de trabajo que, más o menos sistemáticamente, habría de extenderse por todo el país en el año 1957, durante el cual millones de hombres se ocuparon en la construcción de importantes obras públicas. Comenzó así un nuevo método de trabajo: el empleo de las masas humanas»: 15 millones de trabajadores en la provincia de Chantung, 5 millones en la de Hupei, 3,5 millones en la de Kansu, etc. Este movimiento habría de ampliarse en 1958. En febrero, el Presidente de la Comisión económica china anunció que 100 millones de campesinos, hombres y mujeres estaban trabajando en las obras de irrigación. Fué así, escribe Robert Guillian—en su serie de artículos sobre *La révolution des Communes en Chine* («Le Monde», París, noviembre 1958)—, cómo el empleo de las masas humanas en la producción constituyó un verdadero procedimiento, una especie de descubrimiento técnico de alcance revolucionario, que transformará completamente las perspectivas de los países sub-desarrollados y permitirá a China la aceleración de su reconstrucción económica.

Mao Tse-Tung se da cuenta entonces de que la superpoblación es la máxima fuerza de que dispone la China comunista y decide canalizar el empleo de las masas campesinas. Primero se promueve la fusión progresiva de las

# EL PORVENIR INDUSTRIAL DE CHINA



## LEYENDA



CHEN YANG (MUDKEN).—FU CHUN - ANCHAN.

ANCHAN.—CIUDAD DEL ACERO (UNAS 2.500.000 Tm.).

FU CHUN.—CIUDAD DEL CARBON (PRODIGIOSOS RECURSOS A CIELO ABIERTO).

HSINKING.—OBJETIVO DEL PLAN QUINQUENAL. LA FABRICA NUMERO UNO: 30.000 CAMIONES AL AÑO.

JARBIN.—OBJETIVO DEL PLAN QUINQUENAL.—LA MAYOR FABRICA CHINA DE MAQUINAS - HERRAMIENTAS.



HAN - KEU.—CENTRO METALURGICO, UTILIZANDO LA CUENCA HULLERA Y LOS RICOS YACIMIENTOS DE HIERRO.



COMBINADO DE PAOTOW.



LANCHOW.—RIQUEZAS MINERAS Y PETROLIFERAS (REFINERIAS, ETC.)

## SIGNOS

FF. CO.

■ PETRÓLEO

● ORO

▲ CARBÓN

⚡ PROYECTOS  
HIDROELECTRICOS:

I HIERRO

▲ COBRE

▼ MANGANESO

▽ ESTAÑO

Ⓡ DE LUOHA: 5.300 MILLONES KW/H.

Ⓢ DE SANMEN: 4.500 MILLONES KW/H.

pequeñas cooperativas de producción agrícola para constituir grandes cooperativas, integrando en ellas al campesinado, que se organizará según «líneas militares». El 8 de septiembre de 1958, en el mismo momento en que se ha producido la crisis de Quemoy, el Consejo Supremo del Estado chino proclama la «movilización general», pero no la del ejército para hacer frente a la situación producida en el Estrecho de Formosa, sino la de 600 millones de chinos para iniciar el «gran salto adelante»; y así se iniciará el gran movimiento de las comunidades rurales.

Porque la movilización general se hace para el trabajo. Las milicias que se constituyen no son detraídas de la producción, sino, al contrario, integradas, con características militares, en el trabajo. En el órgano doctrinal de la China comunista, *La Bandera roja*, se proclamó entonces: «Cuando el país no es atacado por los enemigos del exterior, el pueblo entero, en un espíritu de total coordinación comunista, debe emprender batallas contra la naturaleza, combatir para la industrialización de los campos, para la organización de las regiones rurales, para acelerar la construcción socialista y para operar el paso al comunismo». Y esto exige el adoptar formas militares de organización, el vivir una vida colectiva. La idea de que el pueblo entero debe estar formado de soldados es una parte importante del pensamiento estratégico de Mao Tse-Tung—se dice en *La Bandera roja*—«forma parte integrante de su idea de las comunidades populares... Es un ejemplo de la combinación de la verdad universal del marxismo-leninismo con la práctica concreta de la revolución china. Es igualmente un nuevo desarrollo de la ciencia militar».

Bien entendido que esta movilización general del inmenso campesinado chino no se va a hacer solamente para los trabajos agrícolas, sino también para acelerar el proceso industrial del país. Frente a la tendencia hasta entonces imperante de los grandes complejos de la industria pesada, mas sin abandonar del todo esta política, Mao quiere desarrollar las pequeñas industrias, organizar la explotación del subsuelo por el campesinado, que será convertido en campesino-obrero, que trabajará en pequeñas fábricas eléctricas, talleres de reparaciones mecánicas y, sobre todo, en pequeños altos hornos para producir acero. El 1 de julio de 1958 habían sido creadas ya en todo el país unas 300.000 pequeñas fábricas y unos 30.000 pequeños altos hornos, que en el otoño serán ya 600.000. Fué así como el denominado movimiento para lograr el «acero campesino», precedió al movimiento de las comunidades, y fué un factor esencial de la evolución, que va a conducir rápidamente a la creación de estas comunidades rurales.

En la primavera de 1958, Mao lanzó las comunidades populares como ensayo en la provincia de Honan, y en mayo hizo pública su gran idea en el Congreso Nacional del Partido comunista, reunido en Pekín. Pese a la oposición de la «derecha» del Partido, que ya se había manifestado cuando el lanzamiento de las cooperativas de producción agrícola en 1955, el Comité Central aprobaría, el 29 de agosto, una directiva para extender el sistema de las comunidades rurales a toda China. Se calcula que al terminar 1958 habían sido establecidas en toda China unas 26.000 comunidades, que agrupaban el 99 por 100 de las familias campesinas (unos 120 millones de familias).

Advirtamos que en los primeros días de agosto de 1958, Jruschev había visitado Pekín, y es de creer que Mao no sólo le informaría sobre la crisis de Quemoy que iba a crearse por los bombardeos que se iniciaron el 23 de agosto, sino también sobre el nuevo sistema de las comunidades que iba a iniciarse seis días después. Tal vez Jruschev no se mostrara de acuerdo con ninguna de ambas cosas, pero no pudo impedirlos, de la misma manera que tuvo que encajar el veto puesto entonces por Mao a la reunión, sin China, de una Conferencia del más alto nivel entre Occidente y Oriente.

Robert Guillian (en su serie de artículos sobre *Mao Tse-Toung en difficulté?*, publicada en «Le Monde», París, abril 1959) ha señalado las bases con las que Mao contó para este lanzamiento de las comunidades populares: 1.º El inmenso poder del Partido comunista, una vez destruidos los «oportunistas derechistas» en 1957-58, terminando completamente la política de las «cien flores», que en 1957 había permitido tantas críticas chinas contra el régimen comunista; 2.º El sistema de milicias que se había ya implantado; 3.º La elasticidad del régimen que le permitiría llevar a cabo el comienzo del plan y luego rectificarlo, si era necesario; y 4.º La maleabilidad del campesino chino y su disposición para aceptar un modo de vida colectivo.

Se lanzaron así las comunidades populares en 1958, al propio tiempo que se realizaba otro movimiento: el «salto adelante» para acelerar el ritmo de producción y redoblar el esfuerzo del trabajo.

¿En qué consisten las comunidades populares? Se trata de un movimiento para abolir completamente la propiedad privada, movilizar para el trabajo a centenares de millones de hombres y mujeres sometidos a una disciplina casi militar, y derribar la vida familiar. En una palabra, se trata de hacer el «comunismo».

Una «comunidad» es una unidad económica y social formada por la fusión de varias cooperativas, a las que se les incorpora toda propiedad privada. Comprende explotaciones agrícolas, empresas industriales, una administración con servicios conexos y una milicia armada. En general, el territorio de una comunidad corresponde al de una circunscripción administrativa. Las comunidades aseguran un cierto número de funciones que antes eran de la responsabilidad del Estado; son la autoridad superior del territorio para las cuestiones financieras, garantizando el pago de las contribuciones al Estado. Cada comunidad elabora su propio programa a largo plazo y un plan anual de desarrollo, en el cuadro del plan económico del Estado. Los comités de gestión de la comunidad se hallan bajo el control directo de los servicios competentes del Estado y el dominio del Partido comunista se ejerce por intermedio de Comités que agrupan a los cuadros principales de las comunidades (Vide *Les Communes Chinoises*. Cuaderno núm. 8 de «*Démocratie Française*», París, 1959).

Según Jacquet-Francillon (en sus antes citados artículos sobre *China, a puertas cerradas*), estas comunidades populares responden a las siguientes bases, que le fueron formuladas *in situ*: «Las comunidades populares han nacido del espíritu creador de las masas. Las grandes obras agrícolas y la adopción de las técnicas más avanzadas en esta esfera, reclaman sin tregua más mano de obra. El ímpetu de la industria rural exige, por su parte, traslados de un sinnúmero de trabajadores. Las grandes tareas y la lucha por las «cosechas abundantes» entrañan una cooperación más difundida, que rebasa los límites de las cooperativas, de las municipalidades y de los distritos. Es ya usual para las masas el organizarse según modalidades utilizadas en el Ejército: trabajar con conciencia de militante, vivir con arreglo al sistema colectivo, lo que ha elevado aún más el nivel de la conciencia política de los 500 millones de campesinos. Restaurantes colectivos, jardines de la infancia, gotas de leche, sastres, peluqueros, asilos para los ancianos, escuelas secundarias rurales, escuelas para la formación de peritos que adiestren a los campesinos en una vida colectiva mejor organizada y desarrollen entre las masas las ideas colectivistas. He aquí por qué las cooperativas agrícolas de unos cuantos centenares de familias no responden ya a esta nueva situación. En las actuales circunstancias, las comunidades populares, que realizan una dirección unificada de la agricultura, de los bosques, de la cría ganadera, de los trabajos auxiliares y de la pesca, y en los que se fusionan la industria (el obrero), la agricultura (el campesino), los cambios (el comerciante), la cultura y la educación (el

estudiante) y los asuntos militares (el miliciano) representa la política fundamental que inducirá a los campesinos a acelerar la construcción del socialismo, para que esta edificación se termine antes de la fecha prevista, y a fomentar la transacción gradual hacia el comunismo.»

Formada por la reunión de varias cooperativas agrícolas, burgos rurales, pueblos y aldeas, la «comunidad»—entidad que agrupa de 3.000 a 40.000 hogares—se subdivide en un número variable de unidades de trabajo: «compañías», «secciones», «escuadras». La comunidad es el punto final de toda vida en privado, la desaparición de la familia. Las comidas en el hogar son una pérdida de tiempo, una repartición irracional de los alimentos, un despilfarro de combustible. Por tanto, en adelante, las comidas se injerirán en común, en cantinas regentadas por la colectividad. En cuanto a los hijos, cuando nazcan se ocupará de ellos la comunidad, poniéndoles en «gotas de leche» o en «jardines de la infancia», para pasar luego a las «escuelas», y a partir de los nueve años de edad podrán participar con su trabajo en esfuerzo común. Los ancianos serán asilados. En cuanto a las mujeres, liberadas de todas las «servidumbres del hogar», ocuparán un sitio en las unidades de trabajo, donde conocerán las «alegrías de la producción».

En resumen—escribe Jacquet-Francillon—, la «comunidad» responde a todos los problemas de la vida. Se ocupa totalmente de sus miembros. Desde entonces, el salario resulta prácticamente inútil; puede reducirse a simple dinero para gastos menudos. La alimentación, la ropa, la instrucción de los niños, todo es gratuito. Las casas particulares desaparecen, porque es preciso que el trabajador viva las 24 horas del día con sus camaradas de trabajo. Así, incluso las horas de reposo podrán aprovecharse mejor para los «trabajos ideológicos». Hombres y mujeres dormirán en lo sucesivo separados en dormitorios colectivos, regulándose la periodicidad de los «encuentros» entre cónyuges.

Pero este gran experimento de la China comunista, iniciado en el campo, no habría de llegar a instaurarse en las ciudades, no sólo por las mayores dificultades que ofrece en éstas la colectivización de la vida, sino porque en menos de tres meses habría de ser detenido, ya que conducía a China al borde de la catástrofe. Ciertamente que el gran «salto adelante» se daba; se sobrepasaba el doble de la producción del acero, se alcanzaba a los Estados Unidos en la producción del trigo y a la Gran Bretaña en la del carbón, según las cifras que daba la propaganda, desde luego exagerada. Pero junto a logros materiales indiscutibles, las consecuencias para el

pueblo chino resultaban insufribles; el desorden y el descontento eran ya excesivos. Y sobre todo, por lo que respecta a la alimentación en las comunidades populares, las quejas fueron grandes: la comida era mala, a veces tenía que tomarse bajo la lluvia y en medio de querellas sobre su distribución. La fuerza de las milicias impedía la rebelión, pero era clara la resistencia pasiva de los campesinos y también el exceso de celo de los mandos menores. Comenzaron a funcionar los tribunales populares, achacando el mal resultado del experimento al sabotaje de los reaccionarios.

Los mismos medios oficiales chinos han agrupado en tres categorías las quejas que se han presentado respecto a la alimentación en las comunidades: 1) «Las tres inquietudes»: la organización en común de las comidas, el problema de los invitados y la necesidad de formar colas, a veces bajo la lluvia, para la compra de los productos alimenticios. 2) «Los cuatro temores»: que la comida no sea suficiente, que los niños no reciban suficientes manjares azucarados, que la comida de las cantinas no sea buena y que el trabajo sea tan intensivo que no quede tiempo para reposar. 3) «El presentimiento»: que la puesta en común obligatoria de todas las reservas de cereales reduzca el nivel de vida de todos los miembros de las comunidades al de los más pobres.

El espectáculo que ofrecía China llegó a ser lamentable. Relata Jacques-Francillon que en varias provincias del centro de China, masas considerables de campesinos fueron movilizadas para que la faena de la recolección de la patata se ejecutase en un tiempo récord y, en cuestión de unas horas, la cosecha cubría el suelo. Pero al día siguiente se dió otro orden: hacían falta 200.000 hombres para activar la construcción de carreteras. Y hubo que abandonar las patatas arrancadas, dejándolas bajo la lluvia y buena parte se pudrieron. Sin embargo, días después las metieron en sacos: rebosando agua tenían un peso respetable. Tanto mejor para la estadística...

A finales de 1958 el fracaso era evidente. Tendría incluso que reducirse la ración alimenticia y no podrían cumplirse los compromisos comerciales de exportación de productos del campo. Y en la misma industria no sólo no podía forzarse más el trabajo, sino que era preciso reducirlo, ya que los obreros chinos estaban agotados, caían medio muertos de fatiga sobre las maquinas después de tres meses de un esfuerzo sobrehumano. Y en el mismo campo, el campesino-obrero de los pequeños altos hornos vivía casi sin dormir, en competición para ser héroes del trabajo, y como consecu-

cia se multiplicaban los accidentes y la producción de acero bajaba notablemente de calidad. En resumen, China no podía más; había que detener este viento de locura del aumento de la producción a toda costa.

Mao Tse-Tung se dió cuenta de la situación y a principios de noviembre de 1958 reunió una Conferencia de dirigentes del Partido, en el Honan, y después en Wuhan, que a partir del 28 de noviembre se transformó en sesión del Comité Central. En la Resolución de 10 de diciembre de 1958 el Partido comunista chino frenó la marcha de las comunidades populares y acortó el «salto adelante», el cual, sin embargo, hay que reconocer que ha logrado mejorar el nivel de vida de los chinos, que es ya superior al de sus vecinos de la India o de Indonesia.

En primer lugar, se proclamó que «el sistema de comunidades populares no debe, de momento, extenderse a las poblaciones de las grandes ciudades», reconociéndose que las poblaciones urbanas no estaban lo bastante maduras ideológicamente, además de la mayor complejidad que ofrecían para el funcionamiento en ellas del sistema de las comunidades. En segundo lugar, se consideró preciso revisar el funcionamiento de las mismas comunidades rurales, en las cuales se habían cometido muchos errores: tendencia a descuidar a los seres humanos para preocuparse sólo de las cosas; mala calidad alimenticia y desórdenes en su distribución; se admitió la vuelta a pequeñas manifestaciones de propiedad privada, como muebles, ropas y pequeños ahorros; y la reducción de la jornada de trabajo a diez horas, salvo necesidades.

Pero, a pesar de todo, no se modificó el sistema mismo de las comunidades populares. Se reconocieron las excesivas prisas y los errores, pero se mantuvieron los principios. Simplemente se seguía, una vez más, la fórmula de Mao: «Dos pasos adelante, uno atrás.» Y se dió un plazo de cinco meses para reorganizar las comunidades rurales. Al cabo de ellos, el 17 de abril de 1959, el Primer Ministro Chu En-Lai diría ante la Asamblea Nacional Popular: «En las circunstancias hoy existentes en China, el sistema de las «comunidades populares» es la mejor fórmula para fomentar el continuo desarrollo de las fuerzas productivas del país y para acelerar el tránsito futuro desde la fase de sociedad socialista al comunismo.»

Mas un hecho importante habría de producirse como consecuencia de todo ello: en el mismo comunicado del Comité Central del Partido comunista chino de 10 de diciembre de 1958 se anunció que Mao Tse-Tung sería reemplazado como Presidente de la República Popular china aun-

que continuaría como Jefe del Partido. Mao había sido elegido Presidente de la República en 1954 por la Asamblea popular nacional y, ante una próxima renovación del mandato presidencial, pidió al Comité Central que le autorizase a no ser ya el candidato oficial del Partido al cargo de Presidente de la República. En efecto, el 17 de abril de 1959 el Congreso del Pueblo, integrado por la Asamblea Popular nacional y la Conferencia consultiva, se reunió en Pekín, y diez días más tarde, en sesión plenaria, la Asamblea eligió, por 1.156 votos contra uno, Presidente de la República Popular china a Liu Chao-Chi, hasta entonces Presidente del Comité Permanente de la Asamblea.

Pero la misma Asamblea había aclamado delirantemente a Mao Tse-Tung y todos los oradores le rindieron repetidos homenajes. Y poco después, en el gran desfile del 1 de mayo, la gran efigie colgada sobre la fachada de la Puerta de Tien-An-Men no era la del Presidente de la República, sino la de Mao, que presidió el desfile popular de más de medio millón de personas, que vitorearon a Mao y ni una sola vez a Liu Chao-Chi.

¿Cómo explicar, pues, el relevo de Mao Tse-Tung en la Presidencia de la República? Para Guillaian, la versión oficial no es muy inexacta: Mao encuentra fatigosas e inoportunas las cargas de Jefe del Estado, y sin ellas tendrá más tiempo para dedicarse a la jefatura del Partido y a su indispensable trabajo doctrinal y positivo. En efecto, el Comité Central del Partido, en Wuhan, había dado a Mao el mandato de continuar dirigiendo el movimiento de las comunidades populares, emprendiendo su reorganización, que no sólo es el máximo experimento social chino, sino también mundial, del cual depende la consolidación del régimen comunista chino en su segunda década. Por otra parte, hay que tener en cuenta que el mismo Mao, en 1957, había pedido al Partido que buscara un candidato a sucederle. Pero esta versión no es plenamente convincente.

Jacquet-Francillon nos ofrece otra versión que nos parece más creíble: en Wuhan no fué el sistema de las comunidades populares lo puesto en tela de juicio, sino el mismo Mao, a quien se acusó, y precisamente por boca del austero teórico Liu Chao-Chi, de excesivo personalismo, de culto de la personalidad, que le había llevado a creer que bastaba su prestigio entre las masas para imponerles, sin transición, la gigantesca revolución de las comunidades populares. Ante el peligro, Mao hizo su autocrítica, y como prueba de sus propósitos de enmienda aceptó el nuevo principio de la colegialidad, comenzando por cesar en la Presidencia de la República.

Pero así le fué más fácil continuar como Jefe máximo del Partido comunista chino, que está por encima del Estado. Y de esta forma cedió al mismo Liu Chao-Chi la Presidencia de la República, con lo cual Mao, al propio tiempo, lograba que abandonara el tal vez en la realidad más importante puesto de la presidencia del Comité permanente de la Asamblea Popular nacional (que es el número 2 dentro de la jerarquía del Partido y el número 3 de la jerarquía del Estado), para el cual hizo elegir a su viejo camarada de la «Gran Marcha», el Mariscal Chu-The, hasta entonces Vice-Presidente de la República, en la cual Vicepresidencia, a su vez, le sustituiría Soong Ching-Liang, la viuda de Sun-Ya-Sen y hermana de la esposa de Chiang Kai-Chek, al lado de un nuevo Vicepresidente, para cuyo cargo se elegiría a un amigo de Liu Chao-Chi. Pero, con todo, el nuevo Presidente de la República no le haría sombra alguna a Mao, pues era casi desconocido por las masas, y Mao, conservando todo el poder del partido en sus manos, a través del anciano Chu-The, regentaría el omnipotente Comité Permanente de la Asamblea, máximo organismo del Estado.

Al lado de esta última versión, ¿no habrá que poner, para completarla, algo más? Porque todo se ha movido en torno al sistema de las comunidades populares y este sistema representa también una modificación esencial en la construcción del comunismo, rebasando la vía soviética y sustituyéndola por otra vía china, que resulta más atrayente para las grandes masas de los pueblos afro-asiáticos.

Mao Tse-Tung es hoy la máxima figura doctrinal del comunismo internacional, comparable a Lenin y, desde luego, a Stalin. Y, además, se ha encontrado con una situación inmejorable, al frente de un inmenso país que le permite realizar una de las más grandes, si no la mayor, experiencias políticas de la Historia: intentar cambiar no sólo la estructura social, sino incluso la naturaleza del hombre chino; esto es, construir el comunismo, en cuanto, en esencia, éste consiste en el reparto de todos los bienes y en la vida en común para todos los hombres y mujeres. Es decir, superar el marxismo socialista y también la vida socialista de la Unión Soviética, aceptando la «verdad universal» del marxismo-leninismo, pero combinándola con la «práctica concreta» de la revolución china.

En la famosa Resolución de 29 de agosto de 1958 del Partido comunista chino, que generalizó las comunidades populares y proclamó oficialmente el sistema, se anunciaba una aceleración de la construcción socialista para pasar al comunismo, siendo gracias a las comunidades populares cómo se exploraría la «ruta práctica» hacia el comunismo, añadiéndose:

«La realización del comunismo en China no es ya más un acontecimiento lejano del futuro», sino que hacia 1965 «la era del comunismo será abierta», dado que, en virtud del gran «salto adelante», se logra que, según la consigna de Mao, «veinte años se concentren en un día.»

En efecto, en las comunidades rurales se implantó la más completa comunidad de bienes y la más total abolición de la propiedad privada. En algunas incluso se quiso aplicar, para remunerar a sus miembros, la fórmula «a cada uno según sus necesidades», que es la fórmula comunista, y no la de «a cada uno según su trabajo», que es la socialista. Y a través de la China entera se decía al pueblo—uniformado con los conocidos trajes azules que casi todos vistien—que la vida colectiva, con sus refectorios y sus dormitorios comunales, era exigida por el paso al comunismo. Y Lu Ting-Yi, en *La Bandera roja*, sostuvo que China cumplía ya ocho de las condiciones previas del comunismo enumeradas en el *Manifiesto comunista*, y que iba a cumplir otras dos: combinación de la agricultura y de la industria, y de la educación y de la producción.

Y esta vía directa hacia el comunismo se proclamaba en China, cuando en la misma Unión Soviética se confiesa que todavía se está en el período de construcción del socialismo. El mismo Jruschev, en su discurso del 27 de septiembre de 1959 ante la televisión norteamericana, dijo al respecto: «Bajo el socialismo, la remuneración del trabajador está determinada por la cantidad y la calidad de su trabajo para el bien de la sociedad. Cuando hayamos desarrollado todavía más la producción, acumulando aún más riquezas, entonces pasaremos a su reparto comunista: cada uno trabajará según sus capacidades y gozará de los bienes según sus necesidades.» No es extraño, por ello, que la U. R. S. S. reaccionara ante el experimento chino primero muy friamente y luego llegara incluso a condenarlo. Durante 1958, la Prensa soviética silenció el experimento de las comunidades populares chinas, al tiempo que en la Prensa china la cuestión ocupaba páginas y páginas. En noviembre, el Embajador de la U. R. S. S. en Pekín declaró en un discurso que el estadio del paso al comunismo no había sido alcanzado todavía por ningún país del mundo; que la misma Rusia soviética estaba todavía en el socialismo y que ella era la guía de los demás países socialistas. Después, Jruschev, al anunciar el plan septenal y la convocatoria del XXI Congreso para enero de 1959, dijo que la U. R. S. S. trataba mediante aquel plan de plantar las bases del comunismo, y en su discurso ante el XXI Congreso, atacando indirectamente a China, dijo el Jefe del Gobierno soviético: «El paso del estadio socialista del desenvolvimiento a la fase superior es un proceso his-

tórico conforme a una ley que no se puede interrumpir o cambiar arbitrariamente. Algunos camaradas pueden decir que es preciso introducir más rápidamente los principios del comunismo; pero pasar prematuramente a la distribución según las necesidades, cuando las condiciones económicas no han sido creadas todavía para esto, cuando no se ha llegado a establecer la abundancia de los bienes materiales y cuando la gente no está preparada para vivir y trabajar a la manera de los comunistas, esto significaría producir un perjuicio a la causa de la edificación del comunismo.» Y añadió Jrushev: «No se puede recoger prematuramente lo que aún no está maduro. Esto conduciría a desnaturalizar y a comprometer nuestra obra. Hoy, la principal tarea práctica de nuestro país consiste en crear la base material y técnica de la sociedad comunista, a imprimir un nuevo esfuerzo poderoso a las fuerzas productivas socialistas.» Para terminar al respecto: «Los países socialistas pasarán más o menos simultáneamente a la fase más elevada de la sociedad comunista. Los países antes subdesarrollados desde el punto de vista económico, gracias a la experiencia de otros países socialistas, a la cooperación y a la asistencia mutua, podrán recuperar rápidamente su retraso, elevar el nivel de su economía y de su cultura y alinearse sobre el nivel común de desarrollo económico y cultural de todos los países socialistas.»

De esta forma, y delante de los representantes de 58 Partidos comunistas de buena parte del mundo, incluyendo a Chu En-Lai por el Partido comunista chino, Jrushev se atrevió a censurar a Mao Tse-Tung por su pretensión de emprender la vía hacia el comunismo antes que la Unión Soviética. Y ello mediante un instrumento, las comunidades populares, que el Jefe del Gobierno soviético parece declaró al Senador norteamericano Humphrey que debía ser considerado como un «sistema reaccionario y retrógrado».

Pero ya la China comunista había dado marcha atrás, más en la teoría que en la práctica. El 5 de diciembre apareció en la *Pravda* un artículo en el que se insinúa que el experimento de las comunidades populares corría el gran riesgo de fracasar. Cinco días más tarde, en la resolución de Wuhan, el Partido comunista chino reconoció que China no estaba todavía en el tránsito hacia el comunismo y que las comunidades populares sólo establecerían el «fundamento de las condiciones materiales y espirituales para tal paso»; que el tránsito a la propiedad privada de todo el pueblo era una «tarea gigante y extremadamente compleja» y que no podría hacerse muy pronto: tres o seis años, sino que serían precisos

quince o veinte años, o incluso más; que aun cuando en las comunidades populares hay gérmenes de comunismo, «durante todo el proceso, la sociedad es todavía socialista en su naturaleza», y que en la fase actual es preciso no sólo pagar salarios a los trabajadores aplicando la fórmula de «a cada uno según su trabajo», sino aumentando estos salarios para estimular el entusiasmo popular.

Así, en Wuhan, tuvo que aceptar Mao la crítica de sus errores ideológicos y hacer enmienda honorable ante la presión de la U. R. S. S., que no aceptaba que las comunidades populares fueran un atajo hacia el comunismo y que proclamaba su derecho a conducir al mundo comunista fijando la ruta a seguir y las etapas a establecer para llegar algún día al «paraíso comunista». ¿Acaso la renuncia de Mao Tse-Tung a su reelección en la Presidencia de la República no pudo serle impuesta por el Comité Central del Partido comunista chino, precisamente para apaciguar a Jruschev? Es muy posible que si no la sola causa, sea ésta una de las causas principales que explican el alejamiento de Mao de la Jefatura del Estado. Por lo pronto, al mes siguiente, al reunirse el XXI Congreso del Partido en Moscú, Mao no acudió, pero el Jefe de la delegación china, Chu En-Lai, haría un elogio inusitado de la Unión Soviética y de Jruschev.

La China volvió así a la línea política soviética. Y aun cuando sería desproporcionado deducir de lo anterior que se había llegado a poner en peligro la alianza chino-rusa, sí es posible afirmar que se había establecido una nueva vía política comunista que habría de causar un impacto impresionante en los pueblos subdesarrollados del Asia y de Africa. Porque los dirigentes de estos países subdesarrollados, cuando miran para la U. R. S. S., observan que la vía para elevar el nivel de vida de sus pueblos que les muestra la Unión Soviética es muy larga y sus metas terriblemente lejanas, mientras que, al contrario, cuando miran hacia Pekín, ven que Mao Tse-Tung les ofrece una vía más practicable, o, como escribe Robert Guillian, «Mao les presenta una imagen en la cual Asia se reconoce: los batallones de trabajadores en trance de cambiar China, teniendo por todo utillaje sus brazos y sus pequeñas cestas colgando de un balancín de bambú. El comunismo aparece como una solución próxima, e incluso el arroz gratuito de los refectorios populares y el anuncio, aunque exagerado, de cosechas sensacionales, impresionan más que el lanzamiento de un nuevo satélite». En resumen, el socialismo de los rusos, con su alta técnica y su nivel de vida que se va acercando al norteamericano, no seduce tanto a los países subdesarrollados de Asia y aun de Africa, como el «comunismo de los po-

bres», el de China. Y esto puede tener graves consecuencias, a la larga, sobre el plano mundial, especialmente en cuanto que la China comunista comienza a cultivar, más que la misma Unión Soviética, a los países afroasiáticos.

Ya hemos señalado cómo en los últimos años el Gobierno de Pekín viene prestando una importante ayuda económica a los países subdesarrollados, y ello no sólo en forma de préstamos, sino, sobre todo, de donativos. Aparte los indicados regalos a Camboya, Nepal y Ceilán, ha de tenerse presente la acción política y económica de la China comunista sobre los países africanos, además de los asiáticos. En todos ellos—como hace notar Tibor Mende en su serie de artículos intitulados *Dix ans de comunisme en Chine* («Le Monde», octubre, 1959)—es la subversión política el principal instrumento que puede utilizar el comunismo, y es la China, pueblo de «color» y que tiene la experiencia de la humillación colonial, quien puede, mejor que la Unión Soviética, movilizar las pasiones anticolonialistas y antiblancas. Asimismo, la experiencia china es la más factible de ser seguida para una rápida industrialización en países eminentemente agrarios.

Por lo pronto, en los últimos años, gran número de estudiantes y delegaciones afroasiáticas han sido invitados por Pekín. En noviembre de 1959 se celebró en la capital china una gran reunión, patrocinada por el «Comité chino para la solidaridad afro-asiática», a la que asistieron nativos del Camerún, Uganda y Tchad, además de diversos países asiáticos, y se decidió organizar un «Día del Congo» y otro «Día de la evacuación de Africa por los imperialistas». En el discurso que en tal reunión pronunció el presidente del «Comité chino para la paz», se dijo: «Los colonialistas británicos, franceses y belgas, tratan todavía de mantener su criminal dominación y perpetuar el avasallamiento de los pueblos africanos por medio de una represión militar sin piedad y de la seducción política. El imperialismo norteamericano es un lobo revestido de piel de cordero; es el más rapaz de los colonialismos. En Africa no cesa de intensificar sus actividades, tratando de adquirir colonias y de ampliar su esfera de influencia. Por una parte, sostiene a los antiguos colonialistas y los utiliza para extender su propia influencia; por otra parte, pretende «simpatizar» con los pueblos africanos, pero, de hecho, trata de penetrar en Africa para realizar sus complots de pillaje económico y de división política bajo la capa de la «ayuda» y del «desarrollo». Su objetivo final es suplantar a las antiguas Potencias coloniales en Africa». Y pocos días después, el diario *Kuangming*

## LOS VIAJES DE JRUSCHEV

*Ribao*, de Pekín, proclamaba en un editorial: «El pueblo chino sostiene firmemente a los pueblos africanos en su lucha contra el colonialismo dirigido por los Estados Unidos, y para la liberación de la esclavitud colonial.»

Y ténganse en cuenta, además, las actividades comerciales de la China comunista en varios países árabes. En 1956, una delegación china concluyó un acuerdo comercial con Egipto, aunque el celo de los comunistas sirios presentes en las conmemoraciones de Pekín últimamente ha producido el debilitamiento de las relaciones entre China y la R. A. U. El 12 de enero de 1958 el príncipe heredero del Yemen firmó en Pekín un Tratado de amistad y un Acuerdo de cooperación técnica por el que China enviará al Yemen personal técnico, maquinaria y equipo para la industria ligera y construcción de carreteras, concediéndole un préstamo sin interés de 70 millones de francos suizos para el pago de las mercancías suministradas por China, reembolsable en diez años. En este mismo año fué concertado un acuerdo comercial chino-sudanés, y otra delegación china ha firmado un acuerdo con Marruecos, por el cual éste le exportará mercancías por valor de 2.000 millones de francos. Y, desde el primer momento, la China comunista ha reconocido oficialmente al Gobierno argelino rebelde, mientras la U. R. S. S. no puede hacerlo, porque Francia rompería sus relaciones con Moscú.

Cierto que en esta área mundial, tan importante para el futuro del mundo, es precisamente donde la Unión Soviética se halla hoy realizando tal vez su máximo esfuerzo de penetración, y en las actividades chinas no ha de verse siquiera ni un comienzo de rivalidad. Pero la seducción del comunismo chino puede obrar por sí misma.

## II

A grandes rasgos hemos tratado de presentar algunos de los aspectos hoy más importantes de las relaciones chino-rusas y algunas de las características generales de la política interior y exterior de la China comunista, que el Jefe del Gobierno soviético habría de tener muy en cuenta en su reciente viaje a Pekín. Todos esos aspectos y características: el expansionismo chino, el desarrollo económico chino merced al movimiento del «salto adelante» y de las comunidades populares que se han planteado

como un atajo para conseguir el comunismo puro, no habrán dejado de inquietar a Jruschev en un momento en que, además, se desplazaba a China para obtener de Mao Tse-Tung su aquiescencia para la implantación de la «coexistencia pacífica» a escala mundial.

A pesar de la «práctica concreta» de la Revolución china, el Jefe del Gobierno soviético sabe que puede contar todavía con que Mao no osará romper su imprescindible alianza con la Unión Soviética. No son reales, por eso, al menos hoy por hoy, todas las conjeturas que puedan hacerse sobre una ruptura de esta gran alianza, que no convendría a ninguna de las dos partes. Si China necesita aún de la ayuda de la U. R. S. S., singularmente como principal fuente de su equipamiento industrial, la Unión Soviética precisa también del apoyo de la inmensa China, aunque ya comience a vigilarla con creciente inquietud. Ambas, en fin, tienen un objetivo común de alcance general: vencer a los occidentales; e incluso un objetivo concreto: excluir a Occidente de toda Asia y aun del Pacífico occidental, e impedir el renacimiento del poder imperial japonés.

Pero Mao se da cuenta de que actualmente es la Unión Soviética la que obtiene las mayores ventajas del mantenimiento de esta alianza que le permite imponer al Occidente una «coexistencia pacífica», mientras promueve el desarrollo económico interno y trata de satisfacer la demanda de bienes de consumo de los rusos, para situarlos muy cerca del nivel de vida norteamericano, si su plan septenal tiene éxito, al propio tiempo que en el exterior emprende una acción subversiva que, en algunos lustros, puede llegar a dar unos resultados formidables en los países subdesarrollados de Asia, Africa y América. Y es posible que el jefe comunista chino exija a la U. R. S. S. ciertas contrapartidas. ¿Cuáles?

Acaso Mao Tse-Tung haya pedido a Jruschev una mayor ayuda económica real, que permita a China una intensa industrialización a más bajo precio, pues la Unión Soviética vende caro y compra barato, ya que los créditos que el Gobierno de Moscú dispensa al de Pekín para que éste le adquiera máquinas y herramientas, material ferroviario y aviones, ganado de raza y semillas seleccionadas, han de ser reembolsados mediante la exportación a la U. R. S. S. (la cual, por otra parte, cobra a las exportaciones chinas a los países satélites del Este europeo altas tarifas de transporte, para impedir la competencia comercial china) de sus productos oleaginosos, aceites vegetales, soja, arroz, algodón, madera, tejidos de seda, pieles, algunas materias primas químicas, artículos de industria ligera y, sobre todo, metales no ferrosos, como estaño, cobalto, mercurio, wolfram. Pero también

es posible que Mao haya pedido que se le levante el cuasi entredicho para continuar, aunque más moderadamente, por la vía de las comunidades populares, que en 1959 han sido reorganizadas, y con las cuales parece que el jefe comunista chino va a conseguir, al fin, imponer su línea, no obstante el paso atrás que tuvo que dar en Wuhan. Y también cabe que Mao haya solicitado de Jruschev una mayor ayuda militar, consistente no sólo en material bélico moderno, pero convencional (que hasta ahora ha venido facilitándole con cierta abundancia, incluyendo modernos tipos de aviones e instructores militares), sino también atómico, aunque seguramente el jefe soviético se resistirá muy mucho a poner en manos de sus hoy aliados un poder atómico y termonuclear que pudieran fortalecer demasiado a la China comunista, de la cual se dice, por otra parte, que lleva bastante adelantados sus estudios atómicos como para poder realizar su primera explosión atómica en una región del Asia Central en la próxima primavera.

Y, desde luego, Jruschev no sólo buscaría en Pekín la colaboración china para su gran política de «coexistencia pacífica» con Occidente, dejando de atizar los focos de tensión en Extremo Oriente, sin perjuicio de informarle de los resultados de su viaje a los Estados Unidos y de la disposición de éstos respecto a la China de Formosa, sino la aquiescencia de Mao para que en la celebración de la Conferencia de alto nivel en mayo próximo, el Jefe del Gobierno soviético pudiera, en cierta manera, representar a su gran aliado, excluído tercamente de las grandes reuniones diplomáticas internacionales.

Todas éstas no dejan de ser hipótesis más o menos razonables, pues nada en concreto se desprende de las noticias que nos han llegado de las entrevistas celebradas entre Jruschev y Mao desde el 30 de septiembre al 4 de octubre de 1959. No obstante, de los discursos y comunicados oficiales publicados en Pekín y de las posteriores manifestaciones del Jefe del Gobierno soviético, cabe deducir cierta orientación, no demasiado alejada de nuestras hipótesis.

Por lo pronto, exteriormente la alianza chino-rusa se ha mostrado sólida y el recibimiento que se hizo al Jefe del Gobierno soviético fué grandemente entusiasta y completo en lo oficial y en lo popular. Si en el aeródromo le esperaron Mao, el Presidente Liu Chao-Chi y el Primer Ministro Chu En-Lai (que le saludaron por este orden), en el gran desfile del 1 de octubre, ante la Puerta de la Paz celeste, las inacabables ovaciones y vítores a Mao y Jruschev los emparejaron en el delirio multitudinario.

Pero sus efigies no estuvieron juntas, puesto que los grandes retratos expuestos en la plaza de Tien-An-Men fueron sólo los de Sunt Yat-se, de Mao Tse-Tung, Marx y Engels y Lenin y Stalin. Sin duda le hubiera complacido más al alto huésped soviético—que en octubre de 1954 había ido ya, con Bulganin, a Pekín poco antes de su máxima ascensión—contemplar su imagen en vez de la de Stalin, pero ya es sabido que el ritmo de la desestalinización no fué seguido nunca por la China comunista que, por otro lado, no parece considerar a Jrushev como un doctrinario importante. Y es de resaltar que las cuestiones doctrinales comunistas tienen en China una máxima importancia. Por eso, el mismo Jrushev, en sus discursos, no adoptó el tono fácil y hasta animadamente festivo de muchas de sus intervenciones en los Estados Unidos, sino una cierta seriedad doctrinaria, con frecuentes referencias al marxismo-leninismo. Y también su actitud personal ha sido muchísimo más grave y seria, sin demostrar la exuberancia de su carácter. ¿Pueden ser estas actitudes un índice de sus preocupaciones y dificultades en el trato y negociación con Mao Tse-Tung? Por lo pronto, ha de subrayarse que aun cuando en Pekín se hallaba buena parte de los máximos dirigentes mundiales del comunismo internacional, invitados por el Gobierno chino para festejar la primera década de la instauración del régimen comunista en toda la China continental, no se celebró ninguna reunión general e incluso la dislocación de invitados extranjeros comenzó cuando Jrushev estaba aún en Pekín. No hubo, pues, concilio general del comunismo en torno al Jefe del Gobierno soviético. Y ello no deja de tener significación.

Desde luego, el Jefe del Gobierno soviético resaltó la solidaridad de la U. R. S. S. con la China comunista y la importancia internacional del gran país asiático. En el mismo aeródromo, a su llegada, expresamente lo hizo constar, al decir: «La opinión soviética ha expresado varias veces su punto de vista de que las Naciones Unidas no podrán ser un organismo de cooperación internacional y no podrán resolver los problemas internacionales si no forma parte de ellas una gran potencia como la República Popular china. He declarado a la Asamblea General de la O. N. U. que el grupo reaccionario de la banda de Chiang Kei-Chek debe ser eliminado de las Naciones Unidas. El gran país socialista que es China debe tener su sitio legítimo en las Naciones Unidas. Y esto se realizará cualquiera que sea la resistencia que puedan presentar los elementos reaccionarios». Mas, en sus entrevistas, no dejaría Jrushev de dar cuenta a Mao de lo inflexibles que se muestran los Estados Unidos para aceptar la presencia de la China co-

munista en las Naciones Unidas en sustitución de la China de Chiang, y de la negativa de Eisenhower a permitir que Mao ocupe Formosa.

Y aun cuando Jruschev trató de suavizar en todo lo posible la tensión existente entre los Estados Unidos y la China comunista, declarando en Pekín que tenía la impresión de que «el Presidente Eisenhower—y él está apoyado por muchísimas personas—comprendía la necesidad de reducir la tensión internacional», no se atrevió a desautorizar plenamente las tentativas que pueda emprender Mao para conquistar Formosa o al menos para crear una situación bélica activa en el Estrecho, aunque sea de suponer que intentaría convencer a Mao de la inconveniencia de adoptar tal actitud.

Hay que tener presente que poco antes del viaje de Jruschev a Norteamérica la Prensa de Pekín había desencadenado una gran campaña de propaganda reclamando la «liberación» de Formosa, y el Jefe del Gobierno soviético y el Presidente estadounidense se ocuparon de la cuestión de Formosa en sus entrevistas de Camp David, sin llegar tan siquiera a entenderse. Porque, aun puestos de acuerdo los dos interlocutores de Camp David en que «las cuestiones internacionales en suspenso deben ser arregladas no por el recurso a la fuerza, sino por medios pacíficos y negociaciones», surgió entre los dos un problema de calificación de la cuestión de Formosa, que para Eisenhower es una cuestión internacional y para Jruschev una cuestión interna. La tesis norteamericana afirma que la suerte de Formosa no ha sido jurídicamente establecida en ningún acuerdo, aunque hubieran reconocido en principio en las Declaraciones de El Cairo y Potsdam, que China, pero la China de Chiang Kei-Chek, debía entrar en posesión de esta isla que había sido arrebatada por el Japón en 1894. La antítesis soviética sostiene que se trata de una cuestión puramente interna china, el último acto de la guerra civil, y que Mao tiene derecho a resolverla incluso por la fuerza, siendo preciso que los Estados Unidos no intervengan en este asunto interno chino. Y, al parecer, en las conversaciones de Camp David no se pudo lograr una síntesis de estas dos posiciones opuestas, que acaso tenga que ser la independencia de la isla, constituida en Estado que pueda ser miembro de las Naciones Unidas aparte de la China continental o China propiamente dicha.

En Pekín, si bien es cierto que Jruschev en su discurso del 30 de septiembre de 1959 hizo un llamamiento a favor de la coexistencia pacífica, diciendo: «No tenemos, en general, necesidad de guerras. No se puede imponer por la fuerza de las armas cuando el pueblo no lo quiere, incluso un régimen tan noble y tan progresista como el socialismo», y manifestando

que «no se debe probar por la fuerza la estabilidad del régimen capitalista. Sería un error», formuló también una doctrina que puede ser aplicable al caso concreto de Formosa: «Los marxistas no reconocen como justas más que las guerras de liberación y condenan las guerras de anexión, guerras imperialistas.» Esta doctrina había sido ya afirmada por Lenin en su «Carta de despedida a los obreros suizos», de 26 de marzo de 1918; por Stalin, en su carta a Máximo Gorki de 17 de enero de 1930 («estamos a favor de la guerra liberadora, anti-imperialista, revolucionaria») y en su discurso de 9 de noviembre de 1946, y por Mao Tse-Tung, quien ha escrito que «las guerras en la Historia pueden dividirse en dos grupos: justas e injustas. Todas las guerras progresivas son justas». (*Select Works*, vol. II, pág. 199, Londres, 1954). Y podía tenerse como doctrina oficial del comunismo, en cuanto que se expresa en la oficial *Historia del Partido comunista de la U. R. S. S.* (Ed. española, cap. VI. Buenos Aires, 1946; página 231) de la siguiente forma: «Los bolcheviques no eran contrarios a toda guerra. Eran contrarios solamente a la guerra anexionista, a la guerra imperialista. Los bolcheviques entendían que hay dos clases de guerra: a) Las guerras justas, no anexionistas, de liberación, que tienen como finalidad defender al pueblo contra una agresión exterior y contra cuantos intenten esclavizarle, o liberar al pueblo de la esclavitud del capitalismo o, finalmente, emancipar a las colonias y a los países dependientes del yugo de los imperialistas; y b) Las guerras injustas, anexionistas, que tienen como finalidad la anexión y esclavización de países y pueblos extranjeros. Los bolcheviques apoyan la primera clase de guerras.» Ahora, en Pekín, Jruschev, que había enterrado la tesis de las guerras justas en el XX Congreso del Partido comunista, volvió a mostrarla para congraciarse con Mao Tse-Tung, que sostiene la tesis de que la guerra con Formosa es una guerra de liberación y progresiva, sino un conflicto interno.

Inmediatamente, los Estados Unidos reaccionaron por boca del Subsecretario de Estado, Dillon; «Rechazamos firmemente las tentativas hechas por los dirigentes comunistas para justificar lo que llaman «guerras justas», «revolucionarias», o «guerras de liberación». La guerra es la guerra en tanto que se haga y por cualquier razón que sea. Una tentativa para apoderarse de Formosa y de las islas costeras corre el riesgo tanto como cualquier otro tipo de guerra, de precipitar al mundo en una guerra total. No puede haber excepciones en lo que concierne al arreglo pacífico de diferencias. Esperamos ardientemente que Pekín lo comprenderá.» Pero Douglas Dillon no se dirigió sólo al Gobierno de Pekín, sino también a la Unión So-

viética, puesto que en sus mismas declaraciones del 6 de octubre dijo: «No hay duda para nosotros de que del hecho de que los rusos piden ser reconocidos como los jefes del comunismo mundial, asumen una parte muy real de responsabilidad en los actos de los demás miembros del bloque. Los hombres del Kremlin deben asumir parte de la responsabilidad de los actos de Pekín.»

Esta doctrina del Subsecretario de Estado norteamericano no fué unánimemente bien acogida en los mismos Estados Unidos, puesto que el *Washington Post* (8 de octubre) advirtió: «No hay ninguna razón decisiva para suponer que Jruschev reine como amo sobre la China comunista; al contrario, hay pruebas, al menos indirectas, de que está incomodado por ciertos actos excesivos de China y trata de frenarlos. Manteniendo de una manera demasiado rígida una fórmula de tal género [la de Dillon], se podría provocar una respuesta soviética». Y, en efecto, Jruschev, en su Informe sobre la situación internacional y la política exterior de la U. R. S. S., presentado el 31 de octubre de 1959 a la tercera sesión del Soviet supremo, criticó a Herter y a Dillon, acusándoles de emprender «ataques psicológicos contra la Unión Soviética, tratando de desnaturalizar el carácter de las relaciones entre la Unión Soviética y China, poniendo en duda la soberanía de la República Popular china en el arreglo de los problemas de política interior y exterior». E insistiendo en que la cuestión de Formosa es una cuestión puramente interna de los chinos, Jruschev dijo: «Los que hablan de la responsabilidad de la Unión Soviética en las empresas de China debían saber que la República Popular china no tiene tutela alguna. El gobierno popular prosigue su propia política y representa dignamente a su pueblo. Si, sin embargo, hablamos de la Unión Soviética en tanto que aliada de la República Popular china, estamos prestos a aceptar esta responsabilidad. Las aspiraciones del pueblo chino y de su gobierno para reunir al Estado chino, Formosa y otras islas que pertenecen a China, pero que están ocupadas por tropas extranjeras, son próximas y comprensibles para la Unión Soviética. En esta cuestión sostenemos y sostendremos siempre completamente al Gobierno de la República Popular china, hasta que obtenga satisfacción, pues los derechos jurídicos y morales están de su lado.»

Una vez más, la torpe diplomacia norteamericana sirvió para unir más firmemente a chinos y rusos. Si es posible que Jruschev tratase en Pekín de contener a los chinos e incluso de advertirles de que no podría alinearse a su lado si suscitaban nuevos incidentes graves en el Estrecho de Formosa,

la reacción norteamericana—como había previsto críticamente Walter Lippmann en el *New York Herald Tribune* del 8 de octubre—, aparte de no influir sobre la actitud de Mao, que precisa la dialéctica del «imperialismo belicoso» de los Estados Unidos para el consumo interno chino, obligó a Jruschev a expresar una aprobación que tal vez no había dado claramente en Pekín, donde incluso es posible que manifestara a Mao que no podría contar con la U. R. S. S. como aliado de guerra contra los Estados Unidos en un momento en que acababa de regresar de Norteamérica habiendo concertado un armisticio en la «guerra fría».

En cambio, es posible que Jruschev haya sido escuchado por Mao en lo referente a los incidentes con la India. Por lo pronto, habrá tomado nota el jefe comunista chino de que la Unión Soviética no podía alinearse a su lado contra el país de Nehru. Seguramente su alusión a la solución pacífica de los conflictos se refería sobre todo a éste entre China e India. En su citado discurso ante el Soviet supremo, Jruschev se limitaría a decir: «Sentimos mucho los incidentes producidos recientemente en la frontera de los dos Estados: la República Popular china, con la cual estamos unidos por lazos inseparables de amistad fraternal, y la República de la India, con la cual nuestras relaciones de amistad no cesan de desarrollarse fructuosamente. Seríamos dichosos si éstos incidentes fronterizos chino-indios ni se repitieran más y los litigios sobre estas cuestiones fueran arreglados por medio de conversaciones pacíficas a satisfacción recíproca de las dos partes.» Y esta actitud es muy posible que haya sido explicada por Jruschev a Nehru en su posterior viaje a la India. Seguramente la U. R. S. S. no consentirá que China obre por su cuenta en la Península indostánica, como lo hizo anteriormente—en clima bélico, ciertamente—en Corea e Indochina. Ello explica que en noviembre de 1959 haya declarado Nehru: «Nadie desea más intensamente la paz en Asia que la Unión Soviética y nadie la desea menos que China.»

Ante las exhortaciones pacíficas del Jefe del Gobierno soviético, es muy posible que Mao Tse-Tung se haya mostrado más conciliador. Por lo pronto, Chu En-Lai felicitó a Jruschev por «el éxito de su viaje a los Estados Unidos en cuanto mensajero de la paz», y manifestó que China acogía «con satisfacción el comunicado publicado a continuación de las conversaciones con el Presidente Eisenhower».

Pero, a cambio de esta mejor disposición hacia la coexistencia pacífica, hay que subrayar que Chu En-Lai, después de destacar la importancia de la ayuda prestada por la U. R. S. S. a China, añadió que no estaba sino

en un comienzo. Y es muy posible que nuevas demandas de ayuda fueran sometidas a Jrushev.

Además, Mao insistió en llevar a cabo su gran experimento de las comunidades populares hasta el final. Jrushev parece que tuvo que dar vía libre. Así declaró: «En lo que nos concierne, nosotros, amigos fieles de la China Popular, comprendemos, según nuestra propia experiencia, que la edificación del socialismo en un país tan inmenso y tan poco desarrollado tendría que encontrar dificultades; pero sabemos igualmente que el pueblo chino, habiendo tomado en mano su propia suerte, es capaz de edificar un régimen socialista». Ciertamente que en estas palabras, más bien cautas, no hay referencia específica a la vía china para la edificación del socialismo y menos para el tránsito al comunismo, pero sí un cierto crédito. Mas Jrushev todavía manifestó: «Hoy todo el mundo reconoce los éxitos registrados por el pueblo chino, por el Partido comunista de China. Los pueblos de Asia y de Africa ven cómo y bajo qué régimen pueden realmente desplegarse los talentos y las fuerzas creadoras de los pueblos.»

Por su parte, Chu-En-Lai, contestando al discurso de Jrushev en el gran banquete del 30 de septiembre, diría: «Después de varios años de dificultades, hemos comenzado, a la luz de los principios comunes del marxismo-leninismo, a edificar una línea general para la construcción de un socialismo adaptado a las condiciones de China. Hemos hecho ya grandes saltos adelante e instaurado, en el campo, comunidades populares, nueva forma de una organización favorable al desarrollo de las fuerzas productivas. Podemos estar seguros que bajo la dirección del partido comunista chino y del camarada Mao Tse-Tung, no será preciso mucho tiempo para hacer de China un país socialista rico, próspero y poderoso, y con los otros países socialistas triunfaremos del capitalismo en una competición pacífica». Y durante la estancia de Jrushev en Pekín, el Secretario general del Comité Central del Partido comunista chino, Teng Hsiao-Ping, reafirmaría la voluntad del Partido de seguir la experiencia de las comunidades populares, declarando que el Partido no podía «renunciar a un movimiento por el simple temor a las imperfecciones», que destacaban los «oportunistas de derecha» en el mismo seno del Comité Central. Pero en el último año ha cambiado bastante la organización de las comunidades, ya que se reconoce la existencia de la propiedad privada, habiéndose restituído al campesino sus utensilios de cocina de su casa, para hacerse su comida con las raciones alimenticias que se le facilitan, si no quiere comer en la cantina general; el terreno que la rodea y el derecho a poseer algunos árboles fru-

tales y ciertas herramientas para poder trabajar en actividades secundarias; así como se han vuelto a pagar salarios conforme al principio de «remuneración según el trabajo». Es decir, se ha renunciado al rápido paso al comunismo, con todo lo que éste significa en puridad, aunque no se haya abandonado la idea de llegar a él con todas sus consecuencias. En este orden, incluso últimamente se han comenzado a experimentar en la «provincia piloto» de Honan las comunidades urbanas.

En definitiva, después de las varias entrevistas secretas que Jrushev celebró con Mao Tse-Tung durante su reciente viaje a la China comunista, la impresión que podemos obtener es que, a cambio de ciertas concesiones de la Unión Soviética, tanto en la ayuda a prestar a la China como en permitir que ésta siguiera moderadamente su propia vía socialista para llegar al comunismo, Jrushev obtuvo el objetivo principal de su viaje: el asentimiento de Mao para su política global de «coexistencia pacífica». En su último discurso, pronunciado el 4 de octubre al salir hacia Vladivostok, Jrushev consideró como un «deber sagrado la necesidad de utilizar toda posibilidad que favorezca la liquidación de la guerra fría y asegure la victoria de la obra de la paz en el mundo»; y en el mismo día la señora Soon Yat-Sen, Vice-Presidente de la República Popular china, declararía que China «sostenía plenamente» las recientes iniciativas «para preservar la paz mundial». Y el mismo Mao telegrafiaría después a Jrushev, ya en Moscú, que la China comunista se consideraría representada por la U. R. S. S. en la conferencia del más alto nivel que se celebrará en la primavera de 1960.

Y había quedado firme la alianza chino-rusa, según unánimemente subrayaron los periódicos de Pekín. Así, el *Renmin Ribao* (1 de octubre), después de aludir a que la «ayuda económica desinteresada dada a la China por la U. R. S. S.» es inseparable del triunfo de la revolución china, consideraba que, por ello, había que conceptuar «como nuestro bien más precioso nuestra amistad con la U. R. S. S.»; e incluso el *Kuang-Ming Pao* (2 de octubre) afirmó que «el pueblo chino ha considerado siempre como su deber el reforzar la unidad del campo socialista dirigido por la Unión Soviética». Y también la unidad doctrinal del comunismo no quedó seriamente dañada, en cuanto que el Partido comunista chino (que tanta actividad demostró en 1956 durante los acontecimientos de Polonia y Hungría—primero favoreciendo a los Gobiernos satélites y luego cerrando la guardia en torno a Moscú—, y que desde entonces conduce la ofensiva contra el desviacionismo titoísta) ha reconocido, en cierto modo, el control

## LOS VIAJES DE JRUSCHEV

supremo del Partido comunista soviético, sin perjuicio de reclamar la adecuación del marxismo-leninismo a la práctica concreta de la Revolución china.

Tal vez, finalmente, Mao Tse-Tung haya reclamado una vez más el figurar en las grandes reuniones internacionales sobre el desarme, sobre el control de las experiencias nucleares, sobre los asuntos afro-asiáticos. Pero antes, Jruschev deberá convencer al Presidente Eisenhower de que podrá garantizar el comportamiento pacífico de Mao y de la China comunista. ¿Será ello posible? Seguramente no del todo. Porque después del viaje de Jruschev a Pekín, el periódico *Izvestia* de Moscú publicó un artículo del Mariscal Chen Yi, Ministro chino de Asuntos Exteriores, en el cual, en medio de la campaña de coexistencia pacífica, afirma que «las luchas revolucionarias en los países capitalistas de Occidente, se desarrollan de día en día». Y la ofensiva china contra los países neutralistas, singularmente contra Yugoslavia y la República Árabe Unida, no se ha detenido.

Todo ello pone de manifiesto la extrema complejidad de las relaciones chino-rusas, que constituyen una de las claves fundamentales del mundo de hoy y, sobre todo, del de mañana.

LUIS GARCIA ARIAS.

Febrero de 1960.

